

Capricornio

panorama del mundo: ¿DONDE ESTALLARA LA PAZ?, por Agustín Ferraris.

revista general: ILYA ERENBURG EN BUENOS AIRES. Dos poemas de Mao Tse-Tung.

1954

sumario:

- Claude **ROY** Claves para la China
- Aldo **PELLEGRINI** Respuesta a Osiris Troiani
- Eduardo A. **AZCUY** Rimbaud y la necesidad de la acción
- Jean-Arthur **RIMBAUD** Poemas
- J. A. **GARCIA MARTINEZ** Macedonio Fernández, filósofo presocrático
- Gregorio **SELSER** Adalberto Ortiz y el negro en la literatura ecuatoriana.
- Adalberto **ORTIZ** Los hijos blancos

bibliografía: Pedro G. Orgambide: "HORACIO QUIROGA - EL HOMBRE Y SU OBRA", por Enrique Ardissonne. — Agustín Ferraris: "ESTADOS UNIDOS CAMBIA LA CARA", por Pedro Sierra.

espectáculos: "CAROL REED Y EL TERCER HOMBRE", por Gregorio Selser. "TE Y SIMPATIA VERSUS MACHISMO", por Jorge Montes.

EDICIONES CAPRICORNIO

EL EXISTENCIALISMO

por Henri Lefebvre

Henri Lefebvre, el conocido estudioso francés, logra dar, en apretada síntesis, una acabada idea de la "filosofía existencialista" y sus más conspicuos cultores. Profundo análisis del "existencialismo", su contenido y derivaciones sociales \$ 25.—

LA MUERTE ES MI PROFESION

por Robert Merle

Esta novela, cuyo autor es el escritor francés más recio de los últimos tiempos, relata magistralmente la vida de Rudolf Lang, a quien Himmler le confió, en 1941, la "tarea histórica" de exterminar al pueblo judío, y que fuera condenado a muerte por los aliados en 1947 En prensa.

OTRAS NOVEDADES

EL NEGRO CIRCULO DE LA CALLE

por David José Kohon

Adolescentes de Buenos Aires, hombres cotidianos o carnavalescos máscaras de un extravío erótico, son personajes, seres que agotan en un gesto, en una palabra, su infinita latitud de permanencia y de angustia; con ellos, el autor da vida a estos poéticos cuentos \$ 12.—

POEMAS EXISTENCIALES

por Eduardo A. Azcuay

\$ 18.—

Pídalos en las buenas librerías.

EDITORIAL CADMO SRL.

Distribuidora

MAIPU 634, Of. B

T. E. 32-7140

BUENOS AIRES

CAPRICORNIO

Revista de literatura, arte y actualidades. Marca registrada Nº 309.191. Registro de la propiedad intelectual Nº 426.224. Dirigida por Bernardo Kordon, editada por Cadmo S.R.L., Maipú 634, Of. B. T.E. 32-7140, Buenos Aires, Argentina. Distribuidores: En la Capital Federal: Rafael Platoya, Av. Del Tejar 4162. Interior y Exterior: Distribuidora TEMCO, Sarmiento 669, 5º Piso.

Año II

Buenos Aires, Setiembre - Octubre de 1954

Nº 7

INSTITUTO DE ESTUDIOS CLAUDE ROY

CLAVES PARA LA CHINA

Tránsito y Transiciones

- 1) No partir es pudrirse un poco. — 2) El juego de la isla desierta; una opinión de Giraudoux. — 3) Esbozo de un tratado del viaje. — 4) Praga, luego Moscú. — 5) Instantáneas de Siberia. — 6) Breve descubrimiento de Mongolia.

LUNES

Un telegrama: Parto el jueves de mañana hacia Pekín. Sueño con este viaje desde hace veintitrés años. Tenía yo doce años y leía a Julio Verne "Las tribulaciones de un chino en China". Un sueño que se hace cierto en dos minutos en una especie de rayo. Dejo el telegrama y me propongo terminar la página del libro en que me encontraba trabajando. Las alegrías demasiado vivas producen gran turbación.

MARTES

Los viajes me horrorizan: trastornan las ideas y enturbian el espíritu, producto éste que no debe ser agitado antes de usarlo. Los viajes nos dejan indecisos, desintegrados, fraccionados. Me gustan extremadamente los viajes: renuevan las ideas y transforman el espíritu, animal doméstico aficionado a ronronear. Alivianan y dan vivacidad. Y uno se reconcilia con ellos.

MIÉRCOLES

Billetes de avión, pasaportes, cintas para la máquina de escribir. Hasta Praga no tendré la visación consular china. Francia no

ha reconocido al gobierno chino. ¿No ha reconocido Francia que el agua hierve a 100 grados y se congela en el 0? **Gran factor de ridículo para los príncipes es el no querer enterarse de lo que puede producirles estorbo, y el querer disfrazar sus incertidumbres con su ignorancia.** Ridículo igualmente grande para las repúblicas.

Más prontamente está cerrada la valija que resuelto el corazón a dejar a quienes ama. Desgarramiento estremecedor de las partidas. No es verdad que partir sea morir un poco. La separación nos enseña a imaginar la ausencia sin remedio de nuestros amigos y de los seres queridos. La partida es el aprendizaje de la muerte de los otros —la más intolerable de las muertes. Antes querría yo la sumisión a este mundo que ver a aquellos para quienes vivo, encender mi ternura para luego abandonarme.

Tres camisas, una corbata, seis pañuelos, el botiquín de viaje y la Leica son embalados sin molestias. La perplejidad se produce al elegir los libros que se han de llevar. El más útil sería "El Libro de las Maravillas", del señor Marco Polo, veneciano, en la hermosa edición de los Jesuitas de Pekín, plagado de notas en francés y en chino. Pero es una guía muy embarazosa, aunque clara.

Decíame una noche Jean Giraudoux, mientras jugábamos juntos al juego de los diez libros que se llevan consigo a la isla desierta: Y después de todo, ¿para qué llevar libros en viaje? Lo mismo en Papeiti, Valparaíso, Granada o Reykjavik, estamos seguros de encontrar en el Consulado de Francia la botella de Pernod de antes de la Gran Guerra; los retratos de familia firmados por Manuel Frères; el cubrecanapé de macramé y, sobre los muebles, las fundas estilo La Roche-sur-Yon, hoy Chateauroux. Por lo tanto, hay que tener confianza en la cultura francesa, que ha de depararnos, en casa de todos los buenos amigos de Francia, la colección completa de la "Ilustración Teatral" y del "Cazador Francés", las novelas de Paul Hervieu, de Renato Bazin, de Henri Lavedan y de Gyp, y nos permitirá descubrir con arrobo, bajo los cocoteros del Pacífico, "La Neige sur les Pas", del gran escritor francés Henri Bordeaux, de la Académaí Francesa. Y añada Giraudoux: Apostemos sobre nuestras lagunas. El viaje las colmará. Es una apuesta que no me atrevo a sostener. Estuve a punto de morir de neumonía en un hospital de guerra, en Alemania. Fué algo desagradable. Pero lo peor fué exponerme a morir allá de tedio re-

leyendo por séptima vez la única obra que el azar puso en mis manos: **Voici ton maître**, novela de costumbres de Marcel Prévost. De mi fiebre guardo un mal recuerdo. Del libro, un recuerdo horrible.

Luego de algunas vacilaciones, limito mi elección a los volúmenes compactos y deliciosos de la Pléyade y completo la pequeña valija con Montaigne, Montesquieu, Diderot y Stendhal. C. insiste en que debo añadir un Manual de Conversación franco-china, que data de 1863. Consiento en ello, a pesar de la escasa utilidad aparente, en la China actual, de diálogos tales como: "No tome usted este camino porque está infestado de bandidos que matan o exigen rescate a los extranjeros"; —"No tema usted; traigo una escolta que me ha proporcionado el consulado de Francia".

JUEVES

Aeródromos con vestíbulos claros, sillones metálicos, **harnen** vestidos de blanco. Todo hace pensar en la clínica, en la antecámara de la sala de operaciones. Se practica allí una excisión a la ciudad. Como el cirujano nos extirpa las amígdalas, las vegetaciones o el apéndice, **Le Bourget** nos opera de París. Es una operación, en frío y casi sin dolor. Pongo la Torre Eiffel como pisapapeles sobre mis cartas de amor y de amistad, y parto sin volver demasiado la mirada.

El avión vuela —o nos vuela, como quiera que sea —. Esbozo, para distraerme, un pequeño

TRATADO DEL VIAJE

Si los viajes cambiaran las ideas, los tontos se curarían con ellos.

Le ruego que se esté usted como en su casa...

—No tanto. Sería demasiado fácil.

Nunca he sentido el vértigo en el mar. Pero el sentimiento de la simultaneidad (de las injusticias, de las tonterías, de los crímenes) me produce vértigos en tierra.

—¿Por qué me retrata usted?

—Porque vive usted del otro lado del mar.

El viaje es una gimnasia del corazón. Los devoradores de continentes hacen pensar en los Apolos profesionales: muchos músculos y muy-trabados. Hay que cuidar la soltura de los movimientos.

A las vías de introducción hay que preferir las vidas de introducción.

Había visto tantos países, que hablaba el extranjero perfectamente.

Que los viajes te sirvan para conocerte. Mírate tal cual eres, en lo vivo.

Ha vuelto de todas partes quien no ha ido a ninguna.

VIERNES

Praga. La embajada de China en Praga ocupa un palacio extravagante, defendido por dos filas de piedra semidesnuda. El arquitecto vienés que lo construyó se sorprendería si volviera a verlo, habitado por los entonces llamados Celestes, cuando no se hablaba de monigotes. Por las altas ventanas de vidrios pequeños se advierte un patio bordeado de arcadas y un jardinillo a la francesa. Una secretaria escribe un informe en una inmensa máquina de escribir china. De cuando en cuando, como en una linotipo, ella saca con una pinza un carácter suplementario de entre los tres mil que hay en la caja que tiene a su lado, y lo pone en el lugar de uno de los mil caracteres que el teclado mueve. Golpea de arriba a abajo, de derecha a izquierda, con dos dedos. La dactilografía china es una larga paciencia.

SABADO

Moscú es desesperante; tanto se parece la ciudad a la imagen que de ella se da. Las casas, los rascacielos y los palacios populares brotan aquí del suelo a cada paso. En las grandes avenidas claras y amplias, una multitud a la que han persuadido maquiavélicamente de que debe mostrar un aspecto de dicha y despreocupación (perfectamente imitado), invade provisiones repletas de comestibles, librerías llenas de libros, almacenes atestados de mercancías. La Plaza Roja es verdaderamente roja. Hay una cola de no menos de dos mil visitantes ante la tumba de Lenin, y hay un tren subterráneo muy bonito; a veces uno muy bello.

Los diarios resultan al occidental tan insípidos como *Le Monde* al lector de *France-Soir*. Extrañamente vacíos de crímenes, y de chismes, y de nerviosismos. El *Pravda* publica esta mañana un editorial de tres columnas sobre la protección a los pájaros en la

Unión Soviética. Un pueblo de hombres con jilgueros entre los dientes devora esta incitación al odio.

LUNES

Siberia. Escalas en las aeroestaciones con salas de espera adornadas con cuadros, una galería de 1907. Ciudades nuevas y blancas surgen de las isbas todavía nevadas; convoyes de camiones pesados sobre las carreteras de cemento y las pistas sumarias. Un Far-West sin revólveres, sin delincuentes, sin saloons. El secretario de un koljós ártico retorna hacia el extremo norte. Lleva un jaulón de gallinas ponedoras seleccionadas, una caja de labores de agronomía, una incubadora y, enrollada debajo del brazo, una tela de 3 x 1, que representa a Lenin arengando a los guardias rojas ante el palacio Smolny, encargada por el koljós a un artista de Moscú para decorar el gran salón de fiestas. En el restaurante, los pasajeros que llegan de Vladivostok almuerzan: es mediodía en sus estómagos; los que vienen de Moscú cenan: son las nueve de la noche para su apetito; los que proceden de China se desayunan. La linda servidora rubia saca sus cuentas en un ábaco, sonriente. Es ella la única persona para quien no se altera aquí la hora que el reloj señala.

EN VUELO

Una pequeña de cuatro años, Natuchka, juega a las muñecas entre mis piernas. Desde las portillas del avión se ve una gran opalina oblonga reverberante, rodeada de abetos: el lago Baikal. Leo a Diderot por encima de los lugares que me hicieron latir con tanta violencia el corazón en compañía de Miguel Strogoff. "Nunca se ha preguntado uno — escribe Diderot — por qué las leyes y las costumbres chinas se han mantenido en medio de las invasiones a este imperio. Veamos: basta un puñado de hombres para la conquista de China; pero sería preciso millones para cambiarla. La duración del gobierno chino es una consecuencia necesaria no de su bondad, sino de la excesiva población del país. Una revolución nueva no se logra en ningún pueblo sin alterar la legislación y las costumbres". A nuestro lado, una señorita inglesa está abstraída en el primer capítulo de un manual de chino en veinte lecciones.

MARTES

Una tempestad de nieve, arena y granizo corría a nuestro encuentro sobre el desierto de Gobi. En vez de tomar simplemente gasolina en Ulan Bator — la antigua Urga —, capital de la República Popular de Mongolia, los pilotos amarraron con cables el avión y nos anunciaron jovialmente que seguiríamos viaje luego de calmada la tormenta.

Un soldado mongol telefona misteriosamente para que vengamos a buscarlos. La aeroestación es un edificio pequeño, chato. Cerca de él algunos camellos pastan alrededor de una tienda. Tres señores, vestidos con amplio ropaje (verde manzana y cinturón naranja; azul real y cinturón verde veronés; amarillo arena y cinturón negro) y con gorros de piel con orejeras, calzados con botas de paño, están sentados tranquilamente a la puerta del edificio y escupen con lentitud. Un largo Zis soviético nos lleva a la ciudad, invisible tras las colinas de arena aún blanqueadas de nieve. El conductor hace funcionar la radio. Una melopea de nómades se eleva en el coche: Radio Ulan Bator. Un maestro de la ciudad sirve como intérprete. Ha aprendido francés, que habla con esfuerzo y claridad, en los pocos libros franceses que ha leído: "El Fuego", de Barbusse; "Los Dioses tienen Sed", de Anatole France; "La señorita Fifi", de Maupassant; "Germinal", "Tartarin de Tarascon", "Los Hijos del Pueblo".

¿Qué es para mí Ulan Bator? Nuestro maestro el señor Marco Polo bebió allí "la leche de yegua preparada de modo que parece vino blanco, bueno para beber y llamado *kumis* por los tártaros". Detrás de él, mientras vaciaba su copa, los servidores del Gran Kan le tiraban afectuosamente las orejas para hacerle más grandes la boca y la garganta. Un dios viviente tuvo a Urga por morada hasta el primer cuarto de este siglo. Y Vladimiro Pozner contó, en el asombroso "Mors aux dents", las hazañas sangrientas del barón Ungern y de sus cosacos blancos, en 1920, entre Urga e Irkutsk. "La ciudad vieja no vale el burgo de San Dionisio". Yo no sé más.

Justamente en el medio de un recinto de tiendas, a donde acuden los nómades durante un tercio del año a hacer pastar sus rebaños trashumantes (retornan a su hora, lo que hace muy aleatoria a la estadística), tendré que descubrir la ciudad nueva de Ulan Bator. Alrededor de la estatua ecuestre de Sendja Bator, héroe

nacional, cuatro dragones sostienen en sus fauces otras tantas cadenas de bronce. Una multitud ataviada con vestidos multicolores hace cola frente al teatro. Se representa esta noche **El viejo codicioso engañado por su hijo**, de un tal Moh Lieu. (Descubrí luego, en el segundo acto, que se trataba de la versión mongólica de **El Avaro**, de Molière.) Dos yacks están muy ocupados en comer el cuidado césped que sirve de adorno a la entrada de la Universidad, muy blanca, nueva y brillante. Los vigilantes del tránsito, en las encrucijadas de las grandes avenidas de cemento (cuatro tiendas, un edificio de tres pisos, un silo), hacen grandes molinetes para ordenar la circulación (dos trolebuses, doce carretas con ruedas de discos de madera tiradas por búfalos, un camión, dos Zis).

Y nuestro amigo el maestro, muy orgulloso del francés que le enseñó Barbusse, se vuelve hacia nosotros, con cierto embeleso: — Señores, es necesario comer algo.

MIÉRCOLES

Los chiquillos van a la escuela al trote largo de sus caballos mongoles, que ellos montan en pelo. En un terreno baldío, el personal de un convoy de casas rodantes del Estado que debe seguir a las tribus nómades hacia las altas dehesas, repara los tractores. Camión-Cinematógrafo, Camión-Dispensario, Camión-Escuela, Camión de Veterinaria, Camión-Generador, se preparan a ganar las mesetas del lago Hubsagal, precedidos por veinte mil bovinos y carneros. A caballo, con el arco terciado, un pastor mongol baja de su campamento para participar en el gran concurso de arqueros que ha de realizarse por la noche en el Estadio Nacional. Nosotros no lo veremos; es lástima. Una última comida: manteca salada, *choucrut* azucarado con cebollas, bollos de harina, carne, vino de bayas silvestres. La tempestad ha pasado. Los motores del avión rugen. El maestro de Ulan Bator nos grita frases que no oímos, con vano gasto de su tesoro de germanía y amistad. Y subimos muy alto sobre el desierto, por el que galopan minúsculos jinetes, descendientes de los que llevaron sus caballos blancos a beber en el Danubio. En este momento la Radio de Ulan Bator difunde la cotidiana "Charla Veterinaria", la emisión más escuchada de la República Popular de Mongolia.

El desierto de Gobi bajo nuestros pies es un inmenso muro triste y llano, sucio de salitre y corroído de sol. Mientras lo sobre-

volamos, entre el tranquilo rumor de los motores, acuden a mi memoria unos fragmentos del más bello poema mongólico en lengua francesa: *La Anábasis*, de Saint-John-Perse: Al paso de nuestras bestias solitarias (nuestros caballos puros de ojos cansados) ... en un dilatado país de hierbas sin recuerdo, el año sin vínculos y sin aniversarios, sazonado de auroras y de luces. (Sacrificio matinal de un corazón de carnero negro.) ¡Oh, viajero en el viento amarillo!"

Dentro de tres horas, Pekin.

Traducción de Angel Mazzora

(Continuará.)

RESPUESTA A OSIRIS TROIANI (1)

Estimado Troiani:

He leído atentamente su carta y creo que debo contestarle. No es fácil hacerlo, porque yo sí me he sentido amigo suyo y el tono de su carta no invita a una respuesta amistosa. No por el hecho de discutir mis ideas y las de mis amigos, sino por la salsa de inexactitudes, afirmaciones gratuitas, incongruencias y especialmente por las actitudes de vidente con que pretende descubrir mi pensamiento secreto siempre del modo más desfavorable. Se dará cuenta usted que todo eso no resulta un buen condimento para la amistad. Pero ya que he hecho afirmaciones sobre su carta quiero adelantarle las razones de lo que digo: usted acude por ejemplo a afirmaciones inexactas cuando nos endosa una admiración por Cocteau y René Char que no existe y nos adjudica un repudio por Aimé Césaire que es, en cambio, demostrada admiración total. Cae en incongruencia cuando asesina a Latorre a causa de su falta de respeto por la literatura italiana y a renglón seguido líquida de un plumazo el pensamiento de Bretón, Kandinsky y Mondrian. Nos atribuye admiración por todo lo extranjero si es consagrado y no se da cuenta de su flagrante contradicción ya que Latorre discute a los italianos que son extranjeros consagrados. Y en este último punto, si se me ocurriera imitar su estilo tendría que decir lo siguiente:

"Vamos, amigo Troiani, yo que lo conozco bien, sé lo que en realidad usted piensa; hablemos con las cartas sobre la mesa: ¿no es cierto que usted está conmigo en que el neo-realismo italiano es sólo un conglomerado de bodrios?" Y siempre siguiendo su estilo agregaría: "Yo sé que usted no es nada tonto, entonces, amigo Troiani, ahora que estamos en tren de confianza, quítese la capa y dígame: ¿qué juego se oculta detrás de todo este ataque a "Letra y Línea"?"

Pero no; creo que por estar planteada nuestra diferencia frente al público, éste se merece más consideración y debo contestarle seriamente. Tiene usted el mérito de haber intentado recopilar,

(1) Véase "Epístola a los surrealistas", en el N° 5 de "Capricornio".

por primera vez y de modo frontal, una argumentación contra nosotros. Digo recopilar, porque como usted perfectamente sabe, muchos de sus argumentos son los que nos lanzan habitualmente desde hace un tiempo. Usted les ha agregado, sin duda, la salsa que menciono más arriba.

Ya de partida comete un error al asociar "Letra y Línea" con los surrealistas, error que no le van a perdonar la mayor parte de los colaboradores de la revista. De los nueve nombres que figuran en la nómina inicial, sólo tres se declaran surrealistas: Latorre, Molina y yo. De los otros, algunos se consideran (y no tienen reparos en declararlo) enemigos francos de dicha ideología. La revista —como aparece claramente en su justificación del primer número y se repite en los siguientes— admite toda clase de colaboraciones dentro de un criterio de amplia modernidad.

Afirma después usted que somos un grupo iconoclasta y eso parece interesarle, pero a renglón seguido nos destruye comparándonos con el grupo de "Martín Fierro", "que tenían el don del gracejo". Si la travesura es lo que a usted le interesa en toda aventura del espíritu, resulta evidente que no puede encontrarla en nosotros. La nuestra no es una iniciativa deportiva; desgraciadamente para los que piensan como usted, nos tomamos en serio el mundo y la vida y hacemos prédica del mal humor o sea simplemente del humor (condición que está en el polo opuesto del gracejo).

Estoy —como todo el mundo— de acuerdo con usted en que es misión de la crítica discernir valores. Eso intentamos hacer nosotros; no comprendo, por lo tanto, por qué le disgusta. Nuestra mentalidad "a partir de O" no trata de hacer tabla rasa de toda la cultura precedente (además, usted mismo se contradice al decir más adelante, que nosotros solo pensamos en función de un pasado muerto), sino que hacemos tabla rasa de la falsa cultura y nunca damos nada por admitido sin examinarlo previamente. ¿No le parece que esa tarea de revalorizar el pasado compete normalmente a toda generación?

No creo que sea tarea menor rectificar los valores considerados vigentes e inamovibles. Es un deber frente al público engañado y aun frente a los más lúcidos que desesperan de toda posibilidad

cultural en el país. La nuestra implica, en definitiva, una crítica de la crítica, al tratar de rectificar los errores de apreciadores ineptos o los enjuagues de camarillas literarias o artísticas autobombistas. Cuando usted mismo se permite enumerar una serie de escritores argentinos y considerarlos aptos para papanatas (juicio despectivo hacia el público que es injusto y además extraño (usted) lo hace con tal naturalidad gracias a que "Letra y Línea" ha abierto el camino de una revalorización.

Si nosotros proponemos la poesía y pintura surgida en el primer cuarto de este siglo es porque sus autores representan nuestros clásicos. Los artistas de hoy son descendientes directos de ellos, así como ellos lo fueron a su vez de otros anteriores a quienes respetaron y admiraron. ¿Resulta eso extraño? ¿Resulta extraño que nuestros maestros sean Apollinaire, Jarry, Reverdy, Artaud, Bretón? ¿Resulta extraño que los pintores nuevos admiren al Picasso de las luchas por el cubismo, a Delaunay, a Kandinsky, a Klee, a Mondrian? La influencia de estos grandes creadores se ha producido en extensión y profundidad y hoy ni siquiera los reaccionarios están libres de ella. Pero nosotros combatimos también a los mercachifles y misticadores de lo moderno, por eso rechazamos a Cocteau que usted nos enjareta tan gratuitamente. Y esa es gran parte también de la tarea de una generación: valorizar el aporte de lo pasado inmediato, deslindar lo verdadero de lo falso.

La afirmación de que el vanguardismo por principio es un nuevo academismo resulta bastante extraña. Quizás se deba a que no ha expresado claramente algo en que posiblemente estemos de acuerdo: mezclados siempre con los verdaderos creadores de un mundo nuevo se encuentran los factores de material de vanguardia para tontos, los fabricantes de "pastiche". Todo esto es inevitable, siempre ha sucedido y constituye la revancha de los mediocres. Pero tal cosa no ha invalidado nunca a ningún movimiento renovador.

Su juicio sobre Picabia es tan categórico que me hace sospechar su desconocimiento de la obra de este extraordinario personaje de la vanguardia artística de nuestro siglo. La influencia de Picabia no resulta tanto de su obra (de las que quedan sin embar-

go, ejemplos notables de permanente validez; su obra poética, por ejemplo, aunque no muy abundante tiene excepcional calidad) como de su actitud e influencia personal. Pertenece a la serie de hombres ejemplares, tipo socrático, cuya conducta y palabra dejan una influencia perdurable. En el mismo sentido, la influencia de su amigo Duchamp es considerable, y si usted tuviera en cuenta solamente el volumen de la obra realizada por él, debería considerarlo, de acuerdo con su criterio, simplemente un jugador de ajedrez.

Entre otras afirmaciones gratuitas, usted enuncia que aceptamos a Char y rechazamos a Césaire. No puedo comprender en qué se funda su convicción, pero por lo menos revela que no ha leído sino muy parcialmente nuestra revista. En efecto, en el primer número de "Letra y Línea" aparece un extenso artículo de Molina destinado a exaltar del modo más admirativo posible la figura de Césaire. Y para terminar con todo malentendido debo declarar que de ningún modo admiro a Char a quien considero no un clásico sino un académico, vanguardista para horteras y profesores de enseñanza literaria, que hace el pastiche de las "Iluminaciones" vistiéndolas a lo Racine y que no tiene más "Furor y misterio" que en los títulos. A él oponemos el verdadero furor y misterio de Césaire cuya obra despierta nuestra admiración sin reservas.

Por otra parte la razón por la cual tardamos en hablar de Tardieu, Gullevic y Audiberti es porque se trata simplemente de poetas menores, sin originalidad. Ninguna razón sino una elección al azar puede haberle inducido a preferirlos a Verdet, Toursky o Ganzó, que tienen —por orden— características similares. Otros son los poetas que nos interesan por aportar una voz realmente nueva y los irá usted conociendo si lee nuestra revista. Como usted ve, no aceptamos con facilidad lo extranjero.

Le declaro que no entiendo qué quiere decir con sus alusiones a los escritos de Kandinsky y Mondrian y menos qué relación tienen dichos artistas con el surrealismo (porque no creo que usted adhiera a la opinión popular que designa toda manifestación de vanguardia como surrealismo, así como antes se la llamaba futurismo). Debo confesarle que nunca he roto lanzas por defender

los textos de Kandinsky o Mondrian y que ellos me interesan enormemente como pintores. De todos modos esos textos —en lenguaje que seguramente no responde al más estricto rigor filosófico, ni lo pretenden— contienen ideas luminosas y reflexiones de inestimable valor para quienes se interesen por la evolución del pensamiento artístico. Ese es el valor de tales textos, el mismo valor que tienen los textos de Leonardo. Su tono despectivo resulta, pues, fuera de lugar.

Y pasemos ahora al surrealismo que parecería ser el motivo fundamental de su carta. Como hacen todos los enemigos de esa ideología se apresura usted a darlo por muerto, mejor dicho a recitarle una oración fúnebre sin más trámites. ¿No le parece un poco extraño que desde el día de su nacimiento hasta la fecha todos los años se entierre sistemáticamente al surrealismo, corriendo la reacción con todos los gastos? Desde hace exactamente treinta años pasa lo mismo y me parece ya demasiado entierro repetido para un solo cadáver. Por lo menos indicaría que el surrealismo se niega a morir, a pesar de las seductoras y solemnes exequias que se le ofrecen.

El segundo paso que todo el mundo realiza después de la oración fúnebre al surrealismo es el ataque a Bretón y en eso sí que usted es original, porque se le ha ido realmente la mano. He conversado con enemigos mortales de Bretón y ninguno llega ni de lejos a lo que usted afirma, y no llegan tan lejos simplemente para no caer en lo ridículo. Usted dice que Bretón no es filósofo y tiene razón porque no sólo Bretón no pretende serlo sino que repudia directamente todo pensamiento especulativo. No siendo filósofo no puede ser liquidado como filósofo. Quizás usted quiera referirse a su labor doctrinaria (palabra que no me disgusta por su sabor subalterno) en la que Bretón ha codificado o mejor ha reunido determinados principios que los surrealistas consideran fundamento de su ideología. Hacer una declaración de principios, si bien significa tomar posición frente al mundo, no implica una filosofía sistemática y es obra que realiza consciente o inconscientemente todo ser humano. En realidad Bretón es esencialmente un poeta, uno de los más importantes de este siglo, aunque su obra tenga consecuencias filosóficas.

Y entremos a aclarar algunos malentendidos sobre el surrealismo que tiene el curioso mérito de ser una ideología generalmente desconocida por quienes la combaten.

El surrealismo no es la creación de un sólo hombre y en su formación han confluído todas las corrientes que señalan la insurrección esencial del hombre del siglo XX. Esta insurrección abarca todos los planos de la actividad humana y no es puramente estética como pretenden algunos. Deteniéndonos, sin embargo, en este terreno, se ha producido desde comienzos de siglo una profunda conmoción en las convicciones estéticas del hombre actual. Podríamos sintetizarla como derrumbe definitivo de la noción de canon heredada de la cultura grecolatina. El arte se hace más universal al aceptar el valor estético de los productos de otras civilizaciones desde los primitivos hasta los pueblos orientales, incluyendo los denominados pueblos salvajes. En el plano de la pintura se ha desarrollado la revolución más importante, pues de todas las artes era la más sometida a la consigna aristotélica de la imitación.

Pero las realizaciones estéticas no son para el surrealismo más que uno de los factores de la liberación del hombre. Y en este sentido, para quienes consideran erróneamente al surrealismo un movimiento pesimista, vale aclarar que nada hay más optimista que creer en la libertad integral. Los surrealistas la creen posible en una futura Edad de Oro. Creen en un hombre libre sin represiones y con la posibilidad de realizarse íntegramente. Creen en un destino humano para el hombre. En lo que no creen es en la sonrisa imbécil y convencional de los que intentan disfrazar la vaciedad y la carencia de rumbos. El optimismo no consiste en la aceptación cándida de que vivimos en el mejor de los mundos posibles. El surrealismo señala la situación angustiosa del hombre del presente, pero no la considera sin salida, lucha por señalar la existencia de esa salida y combate los obstáculos que se la ocultan; entre ellos, un obstáculo que habita en el interior mismo del hombre: el de las convenciones. Por eso el surrealismo es esencialmente disconformista y fundamentalmente optimista.

El pensamiento surrealista es antidogmático (por eso no puede hablarse de ortodoxia en el sentido en que usted lo hace). Sus ca-

racterísticas son la fluidez dialéctica (en el gran significado de esta palabra, hoy tan desprestigiada) confrontándose con las circunstancias y exponiéndose a juicio continuamente. La superrealidad no significa vivir en un mundo extraterreno sino vivir en la única y verdadero objetividad: la unión de los mundos exterior e interior del hombre. Esta misma concepción holística vale para lo social, en la que el concepto de masa no anula al hombre sino que lo incorpora.

Todo esto para explicarle que cuando se refiere a mí como temiéndome caer en heterodoxias, puede quedarse tranquilo porque me declaro surrealista por el hecho mismo de ser fundamentalmente heterodoxo y el surrealismo no me impone más dogma que el de la libertad integral. En ese sentido no he dejado de chocar con las opiniones de algunos surrealistas amigos. El homenaje que preparé para Eluard en "A partir de O", mi artículo sobre "Surrealismo y Arte concreto" en "Nueva Visión" han sido motivo de disgusto para algunos, pero no cometo la debilidad de atribuir a la doctrina, lo que es defecto de interpretación de los hombres.

De todos modos formamos en este momento los surrealistas en la Argentina un grupo de camaradas, ligados por una amistad fraternal sin ejemplo y poseídos del mismo fervor. Conviene que conozca sus nombres para no equivocarse en adelante: son ellos hasta este momento: Carlos Latorre, Francisco José Madariaga, Enrique Molina, Juan Antonio Vasco, Juan Esteban Fassio y yo. Y no menciono a una multitud de amigos que piensan como nosotros y nos apoyan.

En el párrafo final de su carta dice que es necesario destruir el provincialismo en nuestra literatura. ¿No es ésa la tarea que nosotros y exclusivamente nosotros, estamos intentando en este momento? Luego habla usted de que estamos maduros para la gran poesía, esa que "no consuela sino que atormenta". Si cambiara el término enfermizo de "atormenta" por el más preciso de "inquieta" estaríamos de acuerdo, con la diferencia, todavía, de que no se trata de la gran poesía, sino simplemente de la poesía, la única posible, la que es expresión de la vida, para la cual siempre estamos maduros cuando somos naturalmente humanos y nos arrancamos los tabús del GRAN ARTE, del artificio, del exhibicionismo, de la vanidad.

Y como tema final propongo el de la amistad con que usted empieza y termina su carta. Le manifiesto que no comprendo una amistad que no pueda ser sincera en el diálogo directo, en el contacto humano y deba recurrir a la epístola brillante para lograr la sinceridad a través de frases más o menos bien construidas. Creo que se puede ser sincero mediante cualquier medio de expresión y yo siempre lo he sido con usted en nuestros diálogos, aun usando el "tosco" lenguaje de la conversación diaria. Le ruego, por lo tanto, que no me haga cómplice de su falta de sinceridad en esos casos, ni ella le autoriza a suponer o adivinar cosas distintas de las que he expresado siempre con entera claridad.

De todos modos ya que se ha presentado la oportunidad de poder explicarnos por escrito, espero que esta sea también la oportunidad de iniciar una nueva etapa en nuestra relación de amigos: la de la sinceridad en todos los terrenos y con todos los lenguajes.

Cordialmente.

Aldo Pellegrini

RIMBAUD Y LA NECESIDAD DE LA ACCION

Esa historia extraordinaria que es la vida de Arthur Rimbaud, continuará aún por largo tiempo apasionando a todos aquellos que se detengan ante su misterio. El caso Rimbaud es único en la literatura y su leyenda, matizada de críticas, hallazgos, estudios e interpretaciones a veces antagónicas no deja de crecer y difundirse, al punto de que su obra, hasta hace poco tiempo conocida y comentada por reducidos grupos de admiradores amenace ahora, a sesenta y tres años de su muerte, convertirlo en un autor popular.

Los estudios eruditos y las exégesis exhaustivas que han facilitado el conocimiento de su mundo caótico, son muchas y valiosas. En Rimbaud, junto al poeta y al aventurero asoma el místico y el revolucionario, por eso generalmente al referirse a él se lo limita y se lo afilia. Nosotros intentaremos mostrar aquí su imagen total pintando a grandes trazos la silueta trágica y rebelde de Rimbaud, el hombre.

La poesía y el arte ocuparon en su vida solo unos pocos años, no más de cinco, y en el mejor de los casos constituyeron solo un pretexto, un simple juego con que su imposterable necesidad de acción entretuvo a su adolescencia, intentando de paso violentar con procedimientos torpes un sendero de conocimiento que solo transitar muy pocos elegidos. Esa experiencia —nos referimos a su impulso místico— resultó lógicamente frustrada y entonces el niño irresponsable, después de un memorable combate espiritual, "Una Temporada en el Infierno", descendió a la cotidiana miseria.

"He tratado de inventar nuevas flores, nuevos astros, nuevas carnes, nuevos idiomas. He creído adquirir poderes sobrenaturales. ¡Y ahora tengo que enterrar mi imaginación y mis recuerdos! ¡Bella gloria de artista y de narrador arrebatada!

¡Yo! Yo que me he dicho mago o ángel, que me he dispensado de toda moral, vuelvo a la tierra con un deber que buscar y la realidad rugosa que abrazar! ¡Campesino! (1)

1) Una Temporada en el Infierno (Adiós).

Sin embargo, el saldo literario —breve producto de una exaltación pasajera arrojado al azar y con desprecio— resultó magnífico. Por otra parte, dada su condición de artista nato, la poesía fue una vía natural de eclosión y el arma de sus primeras insatisfacciones, contribuyendo también al despertar de sus tremendas urgencias de mutación.

Su espíritu cambiante estuvo siempre expuesto a conmociones profundas y se movió arrastrado por imperativos extraños. Jamás se fijó un término; sus metas fueron imprecisas y sus impulsos, semejantes a fuegos fatuos lo acosaron sin determinarle una dirección. Después de sepultar en el olvido su aventura literaria deambuló por el mundo como un fantasma sin hogar. Su vida tuvo el sentido de la perpetua rebeldía, de la inadaptabilidad. Rimbaud huyó constantemente de sí mismo, se evadió de la realidad permitiéndose treguas introspectivas. Con seguridad no hubiera podido revelarnos el porqué de sus idas y venidas a través de tres continentes. Siempre lo movieron ambiciones indefinidas. Fue un individualista agresivo. Al comienzo de su itinerario azaroso, cuando su espíritu crepitaba convulsionado por una cólera total y la necesidad de la acción penetraba sus miembros y abraza su garganta, vislumbró una dirección e intentó seguirla. Le sobraba talento para eso. Su vida literaria fue un reguero de pólvora: produjo una estela de vivísima luz y zozobró en un estallido. Desde entonces el paisaje mudó mil veces a su alrededor. De la campaña francesa a los soles ardientes de Chipre y de las selvas de Java a las expediciones fabulosas al centro de la Abisinia inexplorada. Pero lo que se mantuvo inmutable fueron sus "suelas de viento", su doloroso anhelo de andar. Para nosotros ese inexplicable peregrinar sin destino es una imposición de su inagotable vitalidad. Vitalidad que resumía por todos los poros de su piel y a la que se abandonó sin luchar. Vitalidad exacerbada y libertad interior. He ahí los dos factores decisivos de su acucioso devenir. Rimbaud tuvo, sin duda, alguna de las virtudes del superhombre. Fuerte, emancipado, sin trabas morales, fué prácticamente un exponente de vigoroso paganismo. No vaciló un instante en abandonar Europa, esa flor decadente donde su libertad vegetaba exasperada y los contactos se repetían nocivos y todo era una noria enorme, un charco sucio. Evidentemente pertenecía a otra raza.

Desde Chipre escribió:

"Yo soy capataz en una cantera del desierto a orillas del mar. Sólo hay aquí un caos de rocas, el río y el mar. Sólo hay una casa... En el verano hace 80 grados de calor. Ahora, a menudo hace 50. Todos los europeos se enfermaron, excepto yo... Las pulgas son un suplicio espantoso de día y de noche. Además están los mosquitos. En el desierto hay que dormir a orillas del mar. He tenido altercados con los obreros y debí pedir armas". (2)

Ante esa energía magnífica lentamente malgastada bajo soles de fuego, experimentamos un sentimiento de admiración piadosa. Tomada en conjunto conforma un aluvión informe y negativo, que sólo logró afirmarse un momento en su breve paso por la literatura. Su fuerza interior lo arrastró una y mil veces a la acción por la acción misma, obligándolo a huir, a huir siempre y a realizar las tareas más absurdas. Rimbaud se liberó por la acción, pero su accionar fué negativo y careció de sentido trascendente. El mismo tuvo a veces conciencia de su esterilidad.

"Tengo los cabellos grises y creo que mi vida declina... Extraño hasta la muerte... Sin embargo, no puedo ir a Europa por muchas razones. En primer lugar me moriría de frío; luego que estoy demasiado acostumbrado a la vida errante, libre, gratuita; finalmente que no tengo labrada una posición. Así pues debo pasar el resto de mis días errando en medio de fatigas y privaciones con la única perspectiva de morir en el trabajo. No me quedará mucho tiempo en estos parajes. No tengo empleo. Forzosamente deberé retornar por el lado del Sudán, de Abisinia o de Arabia. Quizá vaya a Zanzibar, desde donde podré realizar largos viajes al Africa, quizás a la China, al Japón o quien sabe adonde" (3).

- 2) Extracto de dos cartas de Rimbaud a los suyos fechadas en Larnaca, Shypre, el 15 de febrero y el 24 de abril de 1879.
- 3) Extracto de una carta de Rimbaud fechada en El Cairo el 23 de 1887.

Esa fué su vida y él lo supo desde siempre. En ese sentido sus palabras juveniles son un oráculo inapelable: "¡Vamos! La caminata, el fardo, el desierto, el hastío, la cólera", escribió en "La Temporada" catorce años antes. Su imaginación de poeta había previsto todo ese trajinar alucinante, y luego, a pesar de que todo ese mundo irreal se materializó a su paso, aquel juego de adolescente no volvió jamás a brotar en su espíritu. Qué ridículo le habrá parecido al jinete que atravesaba regiones desconocidas, pobladas de beduinos y animales feroces, con el fusil siempre al alcance de su mano, el anuncio de Paul Bourde, de que en París, pequeños cánculos lo reconocían como maestro y comenzaban a difundir su gloria literaria. Era demasiado tarde. La noticia habrá resbalado por su "sombria piel de kabila" provocándole un gesto de fastidio.

¿Qué hubiera pensado si pudiendo escrutar el porvenir hubiese visto a su nombre agitado por el superrealismo, el comunismo, el misticismo y hasta por el catolicismo? No es difícil imaginarlo. En sus últimos años su voluntad osciló entre el deseo de realizar exploraciones de carácter científico y el de ganar rápidamente una fortuna mediante tráfico de armas y comercio de café, marfil y almizcle. Como antaño en la poesía, halló en sus nuevas ocupaciones una temporaria justificación a su desbordante energía. Pero a pesar de su empeño, el cumplimiento de sus desdibujados deseos le fué negado. Cuando su factoría prosperaba, el cáncer de su rodilla lo obligó a emprender una trágica retirada hacia Europa y hacia la muerte.

Rimbaud fué un ser frustrado que peregrinó guiado por la desdicha. Anarquista total se entregó a todo y a nada y si su nombre logró proyectarse al futuro fué por ese breve contacto con las musas, contacto que en la plenitud de su vida él recordó con sarcasmos y maldiciones.

"No puedo comprender la rebeldía; mi raza solo se rebeló para saquear", escribió en "La Temporada". Pero a pesar de eso la rebeldía fué su justificación. Inmensamente lejos de la mediocridad y del conformismo, no se sumó ni a la heterogénea caravana de los que pretenden cambiar el mundo removiendo el medio y las condiciones externas por la violencia o por supuestas planificaciones, ni a la vanguardia de rebeldes que consideran que el perfeccionamiento individual traerá como consecuencia el perfecciona-

miento del mundo. Rimbaud desechó por igual ambas alternativas no sin antes haber merodeado por sus fronteras.

En 1871, después de sus arrestos socialistas y de haber redactado un proyecto de constitución comunista inspirado en Francisco Babeuf y en Juan Jacobo, tuvo impulsos místicos e ideales de perfección y conocimiento que incidieron fundamentalmente en su poética. Sin embargo nada de eso cristalizó. Sólo fueron intentos rápidamente abandonados o fallidos. Rimbaud seguiría siendo Rimbaud, el héroe de la libertad interior y de la rebeldía elemental. Si conoció momentos de debilidad, perdido en el corazón del Africa central, cuando sus plantas hollaban regiones desconocidas para el hombre blanco, fueron pasajeros y pronto renació en él ese estado de rechazo fundamental. Su revolución quedó así, en esa primera etapa irascible y caótica, ornada de vigor supraético, pero no exenta de grandeza. Por eso su presunta conversión resulta un epílogo menguado. Abrumado por los incansables ruegos de su hermana, el emancipado semiconsciente y roído por el cáncer dejó hacer a los que lo rodeaban. El 10 de noviembre murió monologando en extraños dialectos africanos. El día anterior en un momento de lucidez había dictado a su hermana estas palabras incoherentes: "Notifíqueme a qué hora debo ser transportado a bordo".

Versión de Eduardo A. Azcuy

EL CORAZON ROBADO

Mi corazón babea a popa,
mi corazón envilecido.
Lanzan sobre él chorros de sopa.
Mi corazón babea a popa
bajo las pullas de la tropa
que estalla en risa general.
Mi corazón babea a popa,
mi corazón envilecido.

Itifálicas, soldadescas,
esas pullas lo han depravado.
En el timón se ven figuras
itifálicas, soldadescas.
Olas marinas, fantasmales,
lavad mi triste corazón!
Itifálicas, soldadescas,
esas pullas lo han depravado.

Cuando masquen su mal tabaco,
¿como haré corazón robado?
Esos serán los hipos báquicos
cuando masquen su mal tabaco.
Tendré el estómago alterado
si se humilla mi corazón.
Cuando masquen su mal tabaco,
¿Como haré corazón robado?

LAS BUSCADORAS DE PIOJOS

Cuando la frente ingenua con sus rojas tormentas
implora el blanco enjambre de visiones borrosas,
se acercan a su lecho las dos bellas hermanas
con los frágiles dedos y las uñas filosas.

Ellas sientan al niño junto a una gran ventana,
al aire azul que baña los setos y las flores,
y en la mata de pelo donde cae el rocío,
pasean sus dedos finos, tibios y encantadores.

El oye el suave canto de sus hálitos tenues
que exhalan un perfume de mieles vegetales,
y que sólo interrumpen silbidos imprecisos,
salivas o deseos de los labios sensuales.

Escucha a sus pestañas latir bajo el silencio,
y a los dedos intrusos que eléctricos o flojos,
bajo las uñas regias y entre indolencias grises
producen crepitando la muerte de los piojos.

Asciende en él entonces un vino de Perea,
suspiros musicales deliran sin cesar,
y el niño siente inmóvil bajo lentas caricias
como nacen y mueren los deseos de llorar

QUE ES PARA NOSOTROS, MI CORAZON

¿Qué es para nosotros, mi corazón, esa charca de sangre, y mil homicidios, y los largos gritos de rabia, sollozos de un infierno que voltean todo orden; y el Aquilón aún sobre las ruinas

y toda la venganza? ¡Nada! Pero sí, toda, ¡la exigimos! Industriales, príncipes, senados: ¡pereced! historia, justicia, poder: ¡abajo! Eso se nos debe. ¡Sangre! ¡sangre! ¡llamas de oro!

Todo marcha al terror, a la venganza, a la guerra. ¡Alma mía! Giremos en la mordedura: ¡Ah! pasad, repúblicas de este mundo, emperadores, regimientos, colonos, títeres, pueblos: ¡basta!

¿Quiénes removerán los torbellinos de fuego; nosotros y aquellos que imaginamos hermanos? ¡Ah! románticos amigos; eso va a gustarnos, nunca trabajaremos, ¡oh! ¡las olas de fuego! Europa, Asia, América, África, desapareced. Nuestra marcha vengadora lo ha ocupado todo, ¡las ciudades y el campo! — ¡Seremos aplastados! Arderán los volcanes. Nos golpearán los mares

¡Amigos míos! —Mi corazón está seguro, ellos son los hermanos; si fuésemos, ¡Vamos ya! ¡Maldición! me estremezco, cae tierra sobre mí, ¡también sobre vosotros! la tierra se desploma.

No es nada: estoy aquí; aquí estoy siempre.

AGUSTIN FERRARIS

¿DONDE ESTALLARA LA PAZ?

No es ociosa la pregunta cuya respuesta sería el nombre del lugar en el cual estallaría la paz. Todo el mundo está convulsionado. El más pequeño de los países tiene su economía en pie de guerra y el más desgarnecido de los ejércitos está renovando su equipo técnico y humano. Una literatura abundantísima está tratando en forma exhaustiva todos los temas que directa o indirectamente se vinculan con la guerra y los hombres de ciencia están siendo tomados como un instrumento más de la mecánica belicista. La literatura a que nos hemos referido trata todos los asuntos basándose en las experiencias bélicas anteriores, en especial modo con referencia a las dos últimas grandes guerras, las de 1914-1918 y 1939-1945 pero planteando la necesidad —o la posibilidad— de la tercera gran contienda total, en la que se corregirían los errores técnicos de la lucha y se moldearían con un sentido de mayor perfección los destinos de los pueblos. En cuanto a los hombres de ciencia, los que pueden escribir todavía con alguna libertad, Albert Einstein entre ellos, en un artículo destinado a la revista alemana "Die Kultur" y reproducido en el tercer número de CAPRICORNIO, urge la solución de los problemas políticos y económicos de la humanidad en un plano extranacional, pues de lo contrario la ciencia será irremisible, total y fríamente sometida a las necesidades bélicas más siniestras, convirtiendo a la futura conflagración en la liberación de las fuerzas diabólicas de la naturaleza con un sentido plutónico de destrucción de los países supuestamente enemigos y de sus respectivas masas ciudadanas, incluidas en este caso las mujeres, los ancianos y los niños.

Hemos dicho que la literatura belicista es copiosa. En el libro "Estados Unidos Cambia la Cara" (Editorial Periplo, 1954), hemos dedicado todo un capítulo a denunciarla, citando títulos, autores y temas. En su totalidad tenía una procedencia: los Estados Unidos de Norteamérica. No era la masa ciudadana, el hombre común de aquel gran país, el autor corriente. Muy por el contrario, era el repórter existista, el político militante y el militar de cinco estrellas. Esta característica es digna de tenerse en cuenta. No es una literatura patriótica sino de clase. A veces pagada. Muchas veces inclusive pagada con dineros oficiales, no importa que se sir-

van exclusivamente intereses del alto capitalismo de aquel país y de las excrecencias reaccionarias que este régimen económico va sedimentando en la mentalidad de sus principales representantes-conductores. El caso de "El Precio del Poder" es flagrante. Libro firmado por Hanson W. Baldwin, no le pertenece. Este periodista, comentarista de temas militares del "New York Times", presidió una comisión oficial, creada a comienzos de 1946, casi sobre la terminación de la guerra misma, por el general George Marshall, en su carácter de Secretario de Estado del gobierno Truman. La comisión trabajó durante 18 largos meses con carácter de "oficina técnica política", dándose finalmente el nombre de Grupo de Estudios sobre Potencialidad Nacional y Política Exterior del Consejo de Relaciones Exteriores. La integraban representantes de distintos ministerios nacionales, de empresas privadas fabricantes de cañones, superfortalezas volantes, navíos y otros implementos y profesores y políticos de franca tendencia antirooseveltiana. Terminados sus estudios, efectuados a distancia de la Casa Blanca, concretamente en las oficinas públicas de la calle 68, Este, número 58 de Nueva York, la Comisión redactó un informe, cuyas premisas fundamentales pueden resumirse de la siguiente manera:

1. — Estados Unidos es la primera potencia del mundo.
2. — La segunda potencia es de tal importancia, sin embargo, que si no es destruida puede hacer peligrar a Estados Unidos su condición de primera potencia.
3. — Debe prepararse, inmediatamente, una guerra preventiva contra esa potencia, exclusivamente contra esa potencia. Esa potencia es Rusia.
4. — No hay mejor prevención que el ataque.
5. — El ataque debe efectuarse lo más rápidamente posible. Debe intentarse hacerlo dentro de un año, a lo sumo dentro de dos. El enemigo actualmente es débil. Nuestra superioridad atómica es considerable. Un ataque, por ejemplo, en 1960, sería harto peligroso, pues si bien mantendríamos nuestro dominio atómico, la fabricación de bombas por la U. R. S. S. sería para esa fecha de cualquier manera de tal importancia (se dan cifras, fruto de cálculos supuestamente objetivos) que pondría en grave riesgo la invulnerabilidad de nuestras ciudades.

Este estudio, que según todas las apariencias lo ignoraba Truman, (no en cambio Dewey, a quien se suponía seguro presidente de la República

para el período 1948-1952) debía empezar a circular. Es entonces que se pensó en el periodista Baldwin para que lo firmara. Se le autorizó, en efecto, a publicarlo, con la condición de que se hiciera único responsable de su contenido y, además, que se limitase su difusión. Editóse exclusivamente para las bibliotecas militares, no llegando al público profano, al ciudadano común que tendría que hacer la guerra allí planeada. En la solapa de un libro, éste sí escrito efectivamente por Hanson W. Baldwin, intitulado "Los Grandes Errores de la Guerra" y puesto en circulación a mediados de 1954 por la Editorial El Quijote, de Buenos Aires, puede leerse: "Hanson W. Baldwin, autor de una obra de gran importancia, "El Precio del Poder", cuya versión castellana ofreceremos en breve... etc., etc." Como se ve, el libro podrá llegar ahora al lector profano, en realidad tardíamente, pues nada de lo que allí se dice tiene ya, no importa los pocos años transcurridos, consistencia alguna. Libro no obstante completo (se indican hasta los gases venenosos cuya valoración no debe desestimarse), tiene una planilla en la cual figura la forma en que enfilarán los pueblos en la próxima, urgida guerra que se planea. Lea el lector la planilla:

LUCHARAN JUNTO A ESTADOS UNIDOS

| | |
|----------------|---------------|
| Gran Bretaña | Bélgica |
| Irlanda | Holanda |
| Canadá | Filipinas |
| Australia | Japón |
| Nueva Zelandia | Latinoamérica |
| Sudáfrica | Portugal |

LUCHARAN JUNTO A RUSIA

| | |
|-------------------|----------------|
| Manchuria | Hungría |
| Mongolia Exterior | Yugoeslavia |
| Corea | Albania |
| Sinkiang | Polonia |
| Rumania | Finlandia |
| Bulgaria | Checoslovaquia |

POSIBLES INQUIETOS NEUTRALES

| | |
|---------|-----------|
| Noruega | Dinamarca |
| Suecia | Suiza |

TIERRA DE NADIE

España

CAMPOS DE BATALLA

| | |
|-----------------------------|------------------------------|
| Austria | El Medio y Cercano Oriente |
| Italia | China |
| Francia | India |
| Alemania | Birmania |
| Territorio Libre de Trieste | Estados Malayos |
| Grecia | Indias Orientales Holandesas |
| Turquía | Siam |
| Irán | |

Aunque defectuosa, o, mejor dicho, dibujada con no poco de imaginación infantil, esta planilla redactada por una comisión especial (y oficial) norteamericana, nos sirve ya para ir sabiendo dónde estallaría la guerra. Si el croquis es imperfecto en sí mismo, él nos sirve para saber en qué zona se pensaba trabajar (en muchas se había empezado ya y se trabajó durante toda la administración Truman) para convertirlas en lugares de fricción para encender la hoguera. Además a nosotros nos servirá para ir perfilando los lineamientos de una política de anti-guerra, de plena y definitiva paz. Muchas de estas batallas han sido libradas ya, resultando gananciosas las fuerzas de un antibelicismo que ha adquirido él también la característica de militante. Mientras tanto, digamos que el motivo por el cual una editorial argentina ha obtenido los derechos de un libro primeramente reservado para las bibliotecas militares, no debe ser otro que, elaborado el plan guerrillista que denunciamos en la fragua bélica que fué toda la administración norteamericana presidida por Harry Truman, pero en realidad ejecutada por el general George Marshall, la nueva administración, la del general Dwight Eisenhower, inaugurada en 1953, se ha desentendido del impaciente estudio, por otra parte militarmente antitécnico, pues sólo denunciaba alguna consistencia la parte del ataque, no así los puntos en los que se asegura que el país era invulnerable al ataque enemigo.

LA PAZ ESTA ESTALLANDO

La paz está estallando. Y satisface constatar que, donde ella estalla

la batalla pacifista resulta universalmente celebrada. Desde mediados de 1953 se tiene la impresión, en la casi totalidad de los círculos internacionales, que la atmósfera belicista, irrespirable desde 1949-1950, y hasta 1952-1953, desde mediados de este último año ha decrecido en intensidad. El foco de la tercera guerra contra la humanidad había sido encendido, como se ha visto por el irrefragable documento que hemos ofrecido, en los Estados Unidos de Norteamérica. No hay duda que sigue allí encendido y que lo seguirá sin duda por mucho tiempo. Pero una de las naciones que en primer término debía iniciar la guerra, según el plan norteamericano, era su ex-aliada, la Gran Bretaña. Ella es la que figura en primer término en la planilla del curioso documento. El sector reaccionario del senado de la Unión intentó por repetidas ocasiones, en efecto, y a impulso de un macarthysmo más agudo de lo que se supone, arrimar la tea incendiaria del conflicto a la mentalidad de los políticos británicos. Pero la combustión no se ha producido. Y, muy por el contrario, es Gran Bretaña el asiento, el lugar, la zona, donde en estos instantes se está desarrollando una profunda política pacifista, que rebasa, inclusive, las miras de algunos de sus políticos, las de Winston Churchill en primer término, que sólo se ha opuesto al belicismo estadounidense porque en esta hora de la economía británica la coexistencia con los países de filiación comunista significa una seguridad para el imperio. El hecho es concreto.

El término de la última guerra encontró al capitalismo yanqui en el pleno desarrollo de toda su potencialidad. Naturalmente, su expansión atacó a otros sectores económicos, al del imperialismo británico principalmente. Por esta razón en primer término y subsiguientemente por la magnitud del castigo que debió sufrir durante la guerra, la economía británica pasó periodos angustiosos. La libra estaba siendo subestimada en el mercado internacional, donde había reinado hasta no hacía mucho tiempo. Una nueva moneda, más fuerte y al mismo tiempo más dura en su trato, la estaba desplazando. Los soldados norteamericanos no únicamente habían llevado la libertad a los pueblos de Europa, sino además, de paso, como puesto subrepticamente en su mochila por la mano hábil de Wall Street, el dólar. En esas circunstancias, completamente accidental desde el punto de vista histórico, se produjo el derrumbe de la China nacionalista, pasando su pueblo a ser gobernado por sus fuerzas populares. Conducidas estas fuerzas populares por políticos comunistas, ya en agria y permanente disputa con Norteamérica, la oportunidad para ensayar una política diversionista en el mundo capitalista se les presentó

brillante. La ejecutaron. Mientras iban expulsando al comercio norteamericano, como punta de lanza de un imperialismo económico belicista, se facilitó en cambio la ampliación de todas las operaciones mercantiles con el comercio inglés, el que debió ser calificado, un poco de humor, y de ironía estaba en la esencia histórica del suceso, de comercio pacifista. Una prueba geográfica de esta hábil maniobra comunista la constituye el hecho de que el avance de sus fuerzas, que se producía en China de norte a sur, fué detenido al llegar a la colonia británica de Hong Kong. En cuanto a los remitos y facturas por las operaciones hechas, diversas informaciones han hecho saber que el pago chino (sin duda con préstamo ruso) se hizo con fabulosos y miliuohechosos cargamentos de oro, no importa que no amonedado, pues en estado de lingote cumplía igual misión en la City, en la que un ministro de hacienda, Stafford Crips, habiase visto obligado poco tiempo antes a invitar a apretarse el cinto. ¿Se dirá algún día que el cinto del flaco ciudadano inglés fué desatado, para facilitar un mayor racionamiento de la comida, por el coolí chino, cuyos 600 millones de habitantes empezaron a exigir al comercio británico un abastecimiento constante pues, derrocada la camarilla terrateniente, aumentó en 20 veces su capacidad adquisitiva? ¿Se comprende ahora por qué Winston Churchill, conservador, monárquico e imperialista, ha venido defendiendo la entrada de China Comunista en las Naciones Unidas?

LA PAZ SEGURA ESTALLANDO

El ciudadano honesto e interesado en tomar el pulso a la marcha de la política internacional hará muy bien, en el futuro inmediato y seguramente por mucho tiempo, en seguir muy de cerca el hacer británico. Rusia y sus países adictos no quieren la guerra, no les conviene al menos. Gran Bretaña, cuyo capitalismo había perdido el primer puesto en el mundo entre los años 1941 y 1945, puede recuperar su lugar de privilegio si su comercio con los países de estructura comunista excluye (totalmente o en una gran proporción) a todo otro competidor, a Estados Unidos en primer término, a cuyas manos había perdido la hegemonía económica que detentaba en el comercio mundial.

LA VISITA ATTLEE-BEVAN A CHINA

Asegurar esta relación es el único y exclusivo objeto de la misión laborista que en agosto-septiembre de este año visitó Rusia y China. ¡Nunca una visita tan aparentemente política tuvo una misión tan ex-

clusivamente económica! No sólo que para integrarla se allanaron previamente las principales diferencias existentes en la conducción del Partido Laborista, haciéndola encabezar por sus dos figuras más conspicuas, hasta ayer separadas, Clement Attlee y Aneurin Bevan, sino que, además, el gobierno conservador hizo lo necesario para que se entendiera que la delegación viajaba con el beneplácito, inclusive, del palacio real. (Attlee visitó a la Reina antes de partir.) Y es que los líderes de ambas ramas del laborismo eran, en la emergencia, en efecto, representantes oficiales de la economía nacional.

Más aún. No es difícil que el futuro gobierno inglés vuelva a manos de los laboristas. El hecho, aunque paradójico, quedará librado a la voluntad de Rusia, pues lo cierto es que el precio que Inglaterra debe pagar por su recuperación económica universal (y ya no le queda otra zona para lograrla que el área comunista), es la tranquilidad para los países de repúblicas populares. Y si esta tranquilidad no se dispone a darla el gobierno tory (o no es suficiente garantía su permanencia en el poder), la próxima campaña electoral en el Reino Unido será hecha por el laborismo con la base de que su visita a Malenkov y a Mao Tse Tung les asegura ser los depositarios de todas las futuras y enormes transacciones comerciales con aquel mundo. Frente a esta alternativa no cabe duda que el electorado inglés, altamente politizado, le entregará sus votos. Inclusive no es difícil que el conservadorismo no presente una lucha a fondo, dispuesto a aceptar un nuevo gobierno laborista si es el equipo gobernante de este partido el que le va a mantener expeditas las rutas del comercio exterior, que un día vió que se cerraban (categóricamente entre los años 1941 a 1950), con efectos catastróficos por su existencia. Personalmente Winston Churchill, el más grande estadista, junto con Franklin Delano Roosevelt y Nicolás Lenin, de los últimos 50 años, pondrá su voluntad en este sentido. Valdrá la pena, para ir comprendiendo la maleabilidad de la política inglesa en los momentos que se juega su posición económica — política que adquirirá caracteres agudos de hoy en más y por muchos años —, tomar contacto con unas palabras escritas inmediatamente después de la última guerra por David J. Dallin, un ruso blanco radicado en los Estados Unidos y por cierto no comunista. En su opinión "tanto los principios como las ideologías han sido ajenos a la política internacional practicada por Gran Bretaña. El imperio británico hubiese perecido largo tiempo ha si en la conducción de sus relaciones exteriores y en la selección de sus aliados lo hubiese hecho siguiendo una determinada línea ideológica, aceptando o desechando tal o cual estructura política o reli-

giosa. En su incesante lucha por la propia existencia y por el poderío, ha debido aceptar cualquier aliado, comprando con su oro la ayuda en donde ésta podía ser obtenida en tal forma. Gran Bretaña jamás ha luchado por la democracia. Como tampoco ha luchado en nombre de la aristocracia, o de la autocracia. Hubo momentos en que estuvo junto a autócratas, en contra de demócratas; en otros casos brindó su ayuda a las democracias en contra de gobiernos absolutistas; tampoco Gran Bretaña ha luchado por el cristianismo en contra del paganismo o mahometanismo; ni ha defendido a los protestantes en contra de los católicos u ortodoxos. Primero actuó como enemiga de los países católicos, de los pueblos ortodoxos, de los musulmanes y de los paganos, para luego brindarles su ayuda, sin discriminación alguna. Y, menos que menos, ha intervenido en contiendas del lado del capitalismo en contra del feudalismo, comunismo o cualquier otro sistema social. Lo indudable es que Gran Bretaña, en el curso de su historia, se ha aliado, cuando ha sido necesario, con cualquier sistema político, volviéndose contra ese mismo sistema y luchando contra él con todos sus medios cuando su situación lo requirió". (1)

Muchas veces los programas electorales —y aún las personalidades políticas de acentuados perfiles individualistas— parecen avanzados con relación a su tiempo. En repetidas ocasiones esta consideración ha sido hecha con acierto. Lo que comúnmente no se ha observado, en cambio, es el fenómeno contrario, aquel en el cual el tiempo ocupa la delantera, dejando atrás a hombres y partidos. Es decir, los casos en los cuales el encadenamiento de los sucesos empuja a la realidad mucho más allá de lo previsto por los partidos más avanzados y los dirigentes más audaces. Un pedazo de historia enmarcada en esta última observación es la que puede vivir el pueblo inglés en las próximas décadas. Convertido —por razón de las circunstancias más que por el idealismo de sus ciudadanos— en el campeón de la paz, puede evolucionar en sus formas internas sobrepasando la voluntad de sus hombres y organismos dirigentes. La corona —y con ella toda la nobleza —puede ella misma seguir opacándose, hasta diluir, para mejor conservar el tanto por ciento de las acciones que tiene tomadas en las grandes empresas industriales. Los príncipes ingleses de la hora son más respetados por la cantidad de sociedades anónimas que presiden que por sus desvalorizados títulos nobiliarios. La

(1) David y J. Dallin. "Los Tres Grandes", Editorial Ayacucho. Buenos Aires, 1947.

propia mentalidad del aristócrata de la City lo ha convertido en un demócrata natural.

El mismo partido conservador comprenderá que lo será en esencia si se adapta a la conservación de sus intereses. Y hasta el partido laborista, que durante el mejor período de gobierno de toda su historia política —el de 1946-1951— inició con tibiaza tareas de nacionalización, se verá obligado a dar curso a la fuerza de los acontecimientos y convertir la nacionalización en socialización, para mejor preservar la potencialidad económica de todos sus ciudadanos, que en mucho ha dependido siempre más de factores externos —ésta es la razón de su imperialismo— que de los internos. En la medida en que es la historia la que fabrica a los grandes salvar todo el futuro de su patria, en cuyo caso habrá que esperar a los conductores, Aneurin Bevan puede ser la figura que reciba la misión que la salve con más justicia interna de lo que lo hicieron hasta nuestros días.

UN PEQUEÑO GRAN PAIS

Y la paz empezará a estallar también en algunos otros pequeños países del mundo. En la República Argentina, por ejemplo, ya ha estallado.

Difícilmente nosotros los argentinos entremos ya, en efecto, en una guerra de las comunes del tipo de los países capitalistas, en cuya órbita, no podemos menos que reconocerlo, nos estamos moviendo aún, bien que con rezongos. Nacimos por una guerra de las del tipo de las nacionales —en busca de la independencia— y nuevamente estamos reorientando al país para que sus esfuerzos sirvan para la liberación de los pueblos, no para su sometimiento a los dictados comunes de los regímenes capitalistas.

La posibilidad de que sea el sentimiento patriótico el que inspire —con más pasión idealista que sentido de la realidad— estas premisas, nos obliga a abundar en otras consideraciones. Trataremos de ser más explícitos.

Las guerras se originan, cada vez más exclusivamente, en el sistema capitalista de vida. Es el aprovechamiento de las economías con un sentido de clase el que obliga a esta clase comúnmente a usar del poder —al que ha tomado en sus manos desde su nacimiento como clase— en la defensa particular de sus intereses. En la Argentina el capitalismo ha perdido el poder político. Y este hecho trascendental y revolucionario, que carecería de importancia social e histórica si no fuese aprovechado en profundidad, lo tendrá en cambio desde que es visible el acierto con

que está siendo dirigida toda su política. ¿Cómo se puede comprobar esta verdad? Sencillamente viendo cómo hemos dejado ya de ser sencillamente una nación, para convertirnos en un pequeño continente de contornos imprecisos, es cierto, pero cuyos límites están mucho más allá de donde llega nuestra vista y aun nuestros corazones, cuyas palpitaciones están retomando el ritmo de lo americano. Ritmo histórico que habíamos abandonado tan pronto el general San Martín abandonó nuestras tierras y sus grandes solares fueron gobernados por caudillos —no verdaderos estadistas— que sólo un ominoso y reaccionario sentido político-social podría justificar, sin que esto signifique que no merezcan el respeto que todo hombre de hoy debe a su pasado, aun al erróneo pasado de sus padres.

Cuando las repúblicas nacieron en el continente, lo hicieron para hacer realidad el concepto progresista de democracia. El capitalismo, de procedencia europea, entorpeció por algún tiempo nuestro hacer. Pero nos estamos corrigiendo. Una civilización de tipo americano deviene y ella ostentará como sello el de la verdadera y definitiva liberación del hombre como individuo y del hombre como miembro de un conglomerado social al que debe llegar como un igual, en ningún caso con privilegios ni con signos de dependencia.

Esa influencia nuestra, fundamentalmente pacifista y constructiva, hacia el norte del continente, puede contrarrestar la que se está expandiendo hoy, desde el norte hacia el sur. Mientras el norte, por muchos de sus actos, no invite a una colaboración cordial de tipo económico con intereses recíprocos limpiamente respetados, mucho se podrá andar. Y también se podrá andar en la medida que la influencia negativa —desde la desaparición de Franklin Roosevelt la propaganda belicista por parte de algunos sectores norteamericanos, especialmente el de su prensa, es visible y perjudicial— pueda ser contrarrestada con valentía e inteligencia. Es decir, oponiendo siempre constructivas ideas de paz a las destructoras, e inadecuadas para el tiempo, de guerra.

ILYA ERENBURG EN BUENOS AIRES

Personalmente, Erenburg resulta sorprendentemente erenburiano y en extremo parecido a un divulgado dibujo que le hiciera Picasso. Escucharlo es igual que leerlo: conciso y terminante, maneja el doble filo de la ironía y la emotividad. Este juvenil y temible polemista de 63 años de edad, rebosa saludable antiacademismo, en forma total, del mismo modo que otros cargan los balcos del retoricismo.

La nuestra es una reunión alrededor de una mesita repleta de pocillos de café. Erenburg fuma constantemente; alterna cigarrillos negros con cigarrillos de hoja. Conversa con fluidez de tertuliano de café; se mueve en la paradoja como el pez en el agua; a veces provoca la carcajada y siempre escapa de los lugares comunes.

La oportunidad se presta para hablar sobre la novela con uno de los novelistas más característicos de nuestra época. Pedimos su opinión sobre la novela francesa de hoy.

—Considero que la novela francesa acentúa cada vez más la característica que la pierde. Sus personajes no viven plenamente; se limitan a reflexionar. Esto resulta visible aun en sus figuras más vigorosas, como es el caso de Robert Merle. Hay en la novela francesa actual un afán de "couper un cheveu en quatre". Y al hacerlo, lo fundamental parecería residir en la forma y técnica en que se produce esta operación. Por supuesto que para tan difícil labor es preciso separar el cabello de la cabeza, y así se produce esa novelística que a nadie emociona, porque está totalmente desvinculada del ser humano. De tal modo que la suerte de esas artificiosas vidas humanas nos tienen sin mayor cuidado; si el personaje se suicida y termina la novela, cerramos el libro sin mayor pena y a otra cosa.

- ¿Qué nuevo escritor francés considera más interesante?
- Claude Roy, el autor de "Clefs pour la Chine".
- ¿Qué opinión le merecen los italianos?
- No conozco suficientemente la actual novelística italiana.

Pero veamos el caso de Alberto Moravia. Ya era conocido antes de la guerra. He leído sus novelas de entonces, que me siguen gustando más que las últimas.

—¿Quiere decir que actualmente la novela atraviesa por una crisis?

—No creo que exista una crisis de la novela, sino un debilitamiento del género. Veamos el caso de Estados Unidos. Entre las dos guerras surgió un formidable plantel de narradores, Ernest Hemingway, Erskine Caldwell, John Steinbeck. ¿Qué se ha hecho de ellos? Como caso excepcional, Hemingway termina de publicar una nueva novela. La he leído; es un buen libro, pero de ningún modo se encuentra al Hemingway de antes. Se hace visible la pérdida de esa fuerza que lo caracterizaba. Es sintomático que su diálogo tan peculiar se reduce ahora al monólogo de un pescador, pues éste habla con un pez, quien por supuesto no le contesta. "El Viejo y el Mar" señala que ese vigoroso narrador se dedica ahora a hacer literatura. Esto vale como ejemplo. Por ello prefiero señalar un debilitamiento del género novelístico, en vez de referirme a una crisis. Esto es un hecho común en Francia, Estados Unidos, Inglaterra. Por razones distintas, critiqué diversas veces la calidad de los actuales novelistas rusos, ya que la polémica es lo que caracteriza la vida literaria de mi patria.

—¿Cuál es su punto de vista sobre este debilitamiento de la novela en Rusia?

—En parte culpo a las condiciones en que vive el escritor soviético.

—¿Cuáles son?

—Demasiado cómodas. Tomemos por ejemplo un estudiante, un obrero o un médico joven. Tiene condiciones y ha escrito una novela, una primera novela elaborada en base a sus experiencias personales. En Rusia es fácil editar una novela, y el tiraje de un debutante alcanza fácilmente los 60.000 ejemplares. En consecuencia, este joven pasa a ser considerado un escritor profesional, y como tal el Estado le ofrece todas las posibilidades para proseguir su obra. ¿Qué ocurre entonces? Este joven escritor ya ha narrado sus experiencias vitales en su primer libro. Ahora escribe sobre temas y situaciones que no siempre le son familiares. Ha abandonado su profesión anterior (es decir, ha cortado con su ambiente), y muchas veces, mientras recorre el país en "wagon-lit", escribe so-

bre ambientes que sólo conoce por referencia. Cuando Tolstoy describía por ejemplo a una señora que concurre a una cita, no sólo conocía a esa dama, sino muchas veces a sus padres y a sus amantes. En cambio nuestro escritor joven debe esquematizar muchas veces sus personajes antes de su conocimiento. Sigue escribiendo, pero lo más probable es que se distancie del público.

—¿Juega el público lector un rol activo en la vida literaria soviética?

—Por supuesto, y en mayor grado que en otros países. Un error fundamental consiste en disminuir la importancia y la visible evolución cultural de nuestro público. Esta falsa apreciación la comparten también algunos escritores rusos. En todas partes hay autores que consideran que una técnica primaria es la más adecuada para las masas. Tomemos el ejemplo del teatro, el espectáculo artístico más popular en la Rusia de hoy, tanto como puede serlo el cine en el resto de Europa. Nuestro público adora a Shakespeare y a Lope de Vega. Esta preferencia por el buen teatro señala la sensibilidad y cultura de nuestro público. No me refiero tanto a una cultura general, como a una cultura emocional, tan fundamental para la valorización literaria y artística.

Si me preguntan si actualmente contamos con un Tolstoy, debo declarar que no hay nada parecido, y es algo comprensible. Es más fácil crear una obra literaria en una sociedad ya hecha y sedimentada que en una sociedad en construcción. En cambio nunca tuvimos lectores y espectadores como los de ahora. No los he conocido mejores en ninguna parte del mundo.

Ustedes deben saber que en mi país los centros culturales populares invitan a los escritores para debatir las obras literarias en presencia del autor. Hay escritores que gustan presenciar esos debates y otros no. Por mi parte nunca dejo de concurrir. Allí aprendo muchas cosas. La función del lector es de recreación literaria. Quiero decir que cuando un lector se refiere a un personaje de una novela mía, en realidad habla de sí mismo, y en vez de presentarme mi personaje me ofrece uno inédito, que generalmente es él mismo, y que puedo aprovechar para una nueva novela. Pues bien: nuestros lectores se muestran generalmente más agudos, comprensivos y espirituales que la mayoría de nuestros críticos. Lo mismo sucede en el teatro. Muchas veces el espectáculo que me brindó el público con sus comentarios superó al espectáculo que terminaban

de ofrecernos en el escenario. Es el riesgo que se corre cuando el espectador, aunque sentado en un nivel más bajo que el escenario, ha visto, sin embargo, la obra desde arriba y por encima del hombro.

Así nos habla Erenburg, con la máxima honestidad que pueda mostrar un hombre de letras. Manifiesta su admiración y cariño por Matisse y por Picasso; se lamenta que en Rusia no se conozca suficientemente el nuevo cine italiano; cuando opina sobre los escritores occidentales no parece tener en cuenta el hecho que hayan firmado tal o cual adhesión, y termina un cambio de ideas sobre la plástica rusa con su opinión de que "nuestra pintura va en vía de mejorar".

Hay veces — muy pocas — que el conocimiento de un artista acrecienta la admiración que despertó su obra. Erenburg se muestra tal como es, una individualidad inconformista e inflexible. Su presencia en Buenos Aires fué como un viento que barrió con tantos infundios. Su presencia no es la de un funcionario, sino la del artista trabajado por la exaltación creadora y crítica.

Bernardo Kordon.

DOS POEMAS DE MAO TSE - TUNG

Versión castellana de Fermín Chaves

Este poema cuya traducción ofrecemos es uno de los más célebres del líder y poeta chino. Fué escrito por Mao poco después del viaje de Yenán a Chungking que efectuara el 28 de abril de 1945, en el avión del general Patrick Hurley, enviado del presidente Roosevelt, con el objeto de intentar una fórmula de unificación política en China.

El segundo poema data de la época de la llamada Marcha Larga, cuando los comunistas chinos, cercados por Chang Kai-shek en su feudo de Kiangsi, hambrientos y parentes de munición, fueron obligados a retirarse hacia el Shensi Norte, con un recorrido de 10.000 kilómetros. El jefe comunista se hallaba por ese entonces sobre las montañas que dominan el Norte de Szetchouen. Sus tropas habían sido diezgadas y de 120.000 hombres que tenía al partir, le quedaban apenas 40.000. Es importante anotar esto, pues el poema demuestra que Mao no había perdido ni su coraje ni su entusiasmo.

Esta versión castellana fué efectuada sobre la versión francesa de Robert Payne, que publicó la revista "France - Asie" de Saigón, número de junio del año en curso.

L A N I E V E

Todo el paisaje del Norte
Cabe en mil li de nieve,
En diez mil li de loca nieve...
Todo es caos
A los dos lados de la Gran Muralla,
Y ninguna agua se desliza
Sobre las gredas del Río Amarillo...
Las montañas, bajo la helada,
Son serpientes de plata que danzan;
Las colinas, elefantes
Que relumbran sobre los valles.
Quiero medir con el cielo mi tamaño.

Cuando el tiempo está claro
 La tierra es más deliciosa
 Que una muchacha de rostro rosado,
 Vestida de blanco;
 Es tal el encanto de los montes y de los ríos
 Que invita mil héroes
 A luchar por su conquista.
 Los Emperadores Wu-ti y Shih-Huang
 Eran apenas cultivados,
 Y Tai-Tsung de los T'ang y Tai-Tsu de Song
 Hombres sin piedad,
 Y Gengis - Khan
 Contra las águilas;
 No sabía más que tender su arco
 Fueron todos hombres del pasado;
 Los únicos hombres magnánimos nacen en nuestro tiempo.

T S' E U

El cielo es alto, las nubes retozan,
 Mi vista hacia el Sur sigue el vuelo de los patos salvajes
 Que se pierden en el horizonte.
 Cuento con mis dedos veinte mil lí!
 Y digo: "Nunca seremos verdaderos héroes
 Si no llegamos a la Gran Muralla".
 De pie sobre la cumbre más alta de las Seis Montañas,
 Junto a la bandera roja que ondula al viento del Oeste,
 Con una larga cuerda en la mano, yo sueño con el día
 En que podamos atar al Monstruo.

ADALBERTO ORTIZ Y EL NEGRO EN LA LITERATURA ECUATORIANA

Aunque entroncada su obra en la tendencia regional y social de Jorge Icaza, José de la Cuadra, Demetrio Aguilera Malta, Enrique Gil Gilbert y Alfredo Pareja Diez Canseco, Adalberto Ortiz se distingue de ellos en el modo de tratar los temas: privan en él los elementos líricos, aunque constreñidos a un papel pasivo; comentan más que explican, ilustran sin posesionarse de los papeles que corresponden a las pasiones humanas, en cuyas motivaciones penetra sin descuidar los factores ancestrales que condicionan las reacciones de sus creaturas predilectas: el ne-sangre mulata.

Porque Adalberto Ortiz es sobre todo gran escritor cuando se refiere al tema negro; e igualmente es poeta de enjundia cuando deja correr por sus versos la fuerza telúrica de la raza que ha entrado a medias en su sangre mulata.

Joaquín Gallegos Lara opina que "sus poemas negros y mulatos no se parecen a los brasileños, cubanos o norteamericanos. Son el típico acorde que no puede surgir de los libros sino de la vida. Brotan al contacto del espíritu negro y la tierra ecuatoriana". Y Emilio Ballagas incluye, en su antología de la poesía negra (1), los poemas de Ortiz *Contribución, La Tunda para el Negrito, Yo no sé, Mesongo y la Niña Blanca y Mesongo y la Niña Negra* en 1946, en coincidencia con Manuel Altolaguirre, que en ese mismo año prohibió la edición de su libro *Camino y Puerto de la Angustia*. Dos años antes, en México se había dado a conocer *Tierra, Son y Tambor*, libro de versos también sobre temas negros y mulatos.

No se puede empero hacer una referencia a Ortiz sin asociarlo de inmediato a *Juyungo* (2), la obra que le diera justa celebridad y fama. Allí también tanto su prosa como su verso están impregnados de esencia y ritmo negros, aunque él mismo se haya encargado de disociar los elementos raciales de los empíricos; aun así, aquéllos afluyen a todo lo largo de la obra en los detalles psicológicos, ambientales y retóricos: así, cada capítulo comienza con un acápite titulado "Oído y Ojo de la Selva", que condensa líricamente y juega —a la manera del coro griego— el papel de comentario sensorial, vital, universal.

Y aunque despojados de toda implicancia con el curso de la novela, cada uno de esos acáptes da la tónica de lirismo adecuada a los hechos

(1) Emilio Ballagas. *Mapa de la Poesía Negra Americana*, págs. 227 y siguientes. Edit. Picamar, Buenos Aires, 1946.

(2) Adalberto Ortiz. *Juyungo. Historia de un Negro, una Isla y Otros Negros*. Edit. Americalee, Buenos Aires, 1943.

que se relatan. Uno se explica que Waldo Frank haya mencionado alguna vez a Tumaco, pequeña isla situada al norte de la línea ecuatorial, como la más africana de las colonias negras de América, cuando lee trozos como éste, que ilustra el capítulo **La marimba de Cangá**:

Tambor y más tambor resonando con tanto afán. Bamboleo tras bamboleo. Mi sombrero grande, mi verejú. Que ya viene el diablo, mi verejú. Es negro más fino, el que tiene la bamba más colorada, porque como rompieron a destiempo en el compás de los tantanes, repitiendo, repitiendo volvieron a donde debían volver. Ni conga, ni rumba, ni bomba, bailaron, caramba. Quimbando la negra y la zamba, alzaron los brazos, llegaron al banco agitadas, calientes al tacto fecundo. Quebrando cintura y caderas, hurtando, llamando a los hombres, Sudaron al rimbombar del gran bombo, el cununeo de los cununos. Y apareció el diablo, mi verejú. Y el tuntuneo de la marimba de chonta se prolonga y se enchumba en la yunga. Marimba sobre marimba. Tambor y más tambor, y más tambor y más tambor; tambor, tambor, tambor, tambor tambor.

Allí mismo vuelven por sus fueros el cantor y el ritmo negros: **Mamita, mamita el mono. / Si este mono se muriera, / capaz que me lo comiera, / revuelto con arroz seco, / la parte de la cadera.** Hay versos de intención donde irrumpe la onomatopeya africana: **Salanguemos, salangueros. / Cumbamba ée, / cumbamba ée. / Este es el salango, niña. / Cuando se van al salango, / unos van por salangear, / unos por guindar la jeta / y otros por vería guindar. / Cumbamba ée, / cumbamba ée.**

Ortiz no se reduce, específicamente, a historiar las vicisitudes de los negros, mulatos e indios de su patria, aun cuando Ascensión Lastre, el protagonista de **Juyungo**, aparezca como sobrino del fabuloso comandante negro, que tanto como el general Alfaro en el agro montuviso poblara de leyendas la zona de Esmeraldas (le presenta victorioso sobre un blanco caballo, exclamando: "Estoy montao sobre la raza blanca"). Quizás sea su intención la de pintar las condiciones dentro de las cuales se opera la simbiosis racial, y su resultado frente al predominio económico-social de la raza blanca (Ascensión tiene su primer contacto sexual con una india cayapa, luego con una maestra negra y finalmente con una blanca, la cual le dará un hijo y enloquecerá al perderlo) y así se explican sus aprensiones y la gradual conciencia que de su condición adquiere el símbolo: "Estos indios tenían, en la maleta de sus recuerdos, una vida diferente; pero igualmente miserable. ¿Valía cualquiera de ellos más que un negro?... ¡Y el que no tiene de iga, tiene de mandinga!... Ascensión Lastre, el más negro de los negros, estaba como hermano junto a aquellos indios. Siempre había estado mezclado con indios. Toda su vida, sólo fue un negro entre indios".

José de la Cuadra calcula que en la provincia de Esmeraldas hay una población de quince mil negros puros, descendientes de aquellos que en 1650 escaparon del naufragio de un barco negrero, acrecentados por la

inmigración de negros antillanos; una población de tres mil indios cayapas y otra de dos mil indios colorados. La novela de Ortiz incursiona en su actitud de relación mutua y la de su opción entre la tendencia a la reclusión y la de fusionarse con las más afines a su condición social.

Ante ellas, el blanco sólo aparece como dominador, como explotador de su valiosa fuerza económica, como castigador de pueblos caducos, tal como lo hiciera Eric Walrond —aunque con otras características— en **Muerte Tropical**.

Pero la tragedia mayor no se cierne sobre ninguno de estos tres caracteres, completos, netos en su propia pureza, fuertes y confiados en su propia vitalidad; sino sobre esos seres de transición a cuya raza el mismo Ortiz pertenece, a los **Blanqueados**, mulatos que reúnen en sí el sentimiento de inferioridad junto con la apenas perceptible conciencia de superar, mediante la fusión carnal con una mujer blanca, ese estado de insatisfacción a que le condensa el contacto dramático con otras razas y culturas. Y, además, su falta de aprehensión del dato que se constituye en meollo: más que problema racial, es un problema de clase social: "Pero el joven mulato se veía demasiado complicado en la timidez y en su sentimiento de inferioridad, incubado al calor de una sociedad pseudo-blanca, a la que no había sabido sobreponerse. Su alma era como un río subterráneo, que, solamente asomaba su humedad de repente".

Todo el valor del libro de Ortiz reside en la captación de esos imponderables de ambiente que un sociólogo reduciría a frías cifras estadísticas y que el novelista-poeta recrea con verosimilitud y arte, auxiliado de sus propias realidades, manifiestas o encubiertas.

No en vano Anderson Imbert, en su recientemente aparecida **Historia de la Literatura Hispanoamericana** (3) proclamó a Juyungo "una de las mejores novelas hispanoamericanas", galardón que con igual justicia acuerda a **Hijo de ladrón**, de Manuel Rojas. Tampoco en vano el jurado del Concurso Nacional de Novelas Ecuatorianas acordó el primer premio, en 1942, a esa historia de un negro, una isla y otros negros. Lo confirman el entusiasta aplauso del hispanista Georges Pillement "Les Lettres Françaises", 6 de enero de 1947, precediendo a la traducción de **Los Machos no Mueren en Colehón**, capítulo V de la novela; el del crítico cubano José Antonio Portuondo (4); la traducción de **Juyungo** al checo, en 1949, con el título de **Muzi Neumiraji Na Posteli** —**Los Hombres no Mueren en la Cama**—; y la anunciada traducción al inglés y al francés en ediciones especiales de la UNESCO.

(3) Enrique Anderson Imbert. **Historia de la Literatura Hispanoamericana**, Breviarios, Nº 89. Edit. Fondo de Cultura Económica, México, 1954.

(4) "No ha dejado que el dolor ni la selva, con estar ambos en sus producciones, le ensombrecan el estilo. Sin renunciar a la oportuna denuncia de las injusticias sociales, no hace en ellas demasiado hincapié ni convierte sus relatos en manifiestos ni en proclamas. Adalberto Ortiz está imponiendo entre los narradores ecuatorianos de hoy —acaso la más numerosa e importante aportación a la novelística contemporánea iberoamericana— una nota de frescura y de claridad".

Para Luis Alberto Sánchez, en cambio, "lo que distorsiona la índole nativa, virginal, regionalista de **Juyungo** es, me parece, su deseo de probar algo, su excesiva identificación con el autor" (5), terrible pecado que despierta su censura, ya que "la novela, no hay que olvidarlo, aun cuando hable en primera persona del singular, debe mantenerse en ciertos límites de objetividad, de donde proviene por cierto su imponente belleza".

Tamaño dislate confirma que lo único imponente es la solemne tontería de este comentarista que le ha tocado en suerte a la literatura de América, quien agrega a su reconocida superficialidad toda gama de apreciaciones gratuitas e inexactitudes de bulto, como aquella que —en el caso particular de **Juyungo**— atribuye la muerte de María de los Angeles a "la pasión homicida que ella desata en el negro Cocambo" (no sólo no muere María de los Angeles, sino que en toda la novela no se produce el más mínimo encuentro entre ella y su presunto matador). Y colocado en tren de vacuidades, luego de sostener Sánchez que **Juyungo** es una "novela de selva y río, de amor y trabajo" informa al lector que "en aras a esos sus elementos fundamentales (sic), se le puede perdonar las demagógicas e innecesarias páginas contra el Perú de sus últimos capítulos".

Constituida **Juyungo** en una rareza de librería que clama por su reedición, habíase renovado nuestro contacto con su autor y las letras de su patria a través de un cuento publicado en "Letras del Ecuador". **El Bananero**, de débil textura y escasa imaginación, que nos mostraba a un Ortiz dispuesto con mayor gana a dotar de técnica de cuento a un hecho, que en hacer surgir ese hecho de su propia dinámica con los elementos que el cuento precisa para su particular lenguaje. Como si confeccionara un traje y buscara luego a la persona a quien podrían convenir las medidas.

Ahora, habiendo llegado a nuestras manos **La mala espalda. Once relatos de aquí y de allá** (Guayaquil, Ecuador, 1952), constatamos muy a nuestro pesar una disminución de calidad, que diez años de diferencia de **Juyungo** tornan inexplicable. Pareciera que el tiempo, en lugar de proveer con madurez, dotara de un algo así como desvaimiento y laxitud a la pluma de quien otrora se destacara por su vigor, la fluidez de su estilo y la reciedumbre de sus tipos. Aunque no nos inquieta esa merma de valor literario, cabe señalar en Ortiz el abandono del tema en el cual se mueve sin esfuerzo y con beneficio de sus lectores.

Para comprobarlo, basta la lectura del cuento **Los hijos blancos**, en nuestra opinión lo más valioso del libro, donde la naturalidad vuelve por sus fueros descubriendo la levadura en el material que Ortiz maneja, no

(5) Luis Alberto Sánchez. *Proceso y Contenido de la Novela Hispano-Americana*, pág. 322. Edit. Gredos, Madrid, 1953.

obstante su tono menor de farsa; porque están a su lado, para avalarlo, el ambiente y los personajes que más han penetrado en su savia y en su pluma.

Por el contrario, el cuento **El puente hacia el vacío** señala una incursión extraña en terrenos donde lo onírico va del brazo con lo ancestral y lo simbólico, en una tentativa peculiar que tiene sus antecedentes más valiosos en Joyce y en la escuela surrealista francesa. Pero aunque está bien escrito —es lo mejor escrito del libro— deja una sensación de artificio, de construcción a la hasta entonces conservada unidad de sus componentes intrínsecos y formales.

Si éste es el primer resultado de una búsqueda en procura de nuevas formas y contenidos, es cosa que el cronista no está en condiciones de augurar.

ADALBERTO ORTIZ

LOS HIJOS BLANCOS

(Cuento)

El matrimonio de Servando Mina y Etelvina Preciado fue promisorio de felicidad. Los cónyuges, de pura raza negra resultaron muy agasajados el día de la ceremonia en la pequeña iglesia del pueblo de Rioverde. Parientes y amigos vinieron desde lejos, por la playa marina o bajando por el río, para festejarlos y traerles variados presentes: desde una gallina hasta un espejo, desde un caballo hasta un abanico.

Cuando el cura terminó su sacramento, los invitados se dirigieron a casa de Servando, donde se bailó, comió y bebió por espacio de tres días consecutivos, y todos hicieron votos por la prosperidad y dicha de los desposados, como es lo de costumbre. Hasta el mister, un gringo que había venido a practicar ciertos estudios para establecer una plantación de bananos, se acercó a felicitarlos en un gesto diplomático, actitud que no le hizo mucha gracia

a Servando, puesto que le había parecido sorprenderle cierta mirada de exploración libidinosa sobre el cuerpo de su Etelvina.

Etelvina fue una chica que nunca dió qué decir en el pueblo, a pesar de ser muy codiciada debido a la típica y clásica belleza negra que poseía. Sería y honesta, se mantenía siempre ocupada en los quehaceres de su casa, atendiendo a sus padres y hermanos. Servando Mina era un negro que había vivido mucho, y esto le había hecho desconfiar de las mujeres. Permaneció reacio al matrimonio hasta que aguilató las virtudes de la muchacha, y resolvió pedir su mano y perder su libertad.

El pequeño negocio de Servando mejoró mucho, después de su matrimonio, gracias a la ayuda eficaz de su mujer. Las ventas en la pequeña pulpería aumentaron con los ricos dulces que preparaba Etelvina, y así Don Servando pudo comprarse un terrenito río arriba, donde ya las aguas no son tan verdosas por alejarse del mar.

Al fin llegó lo inevitable en un matrimonio normal y simple: la señora quedó encinta... Ello trajo aparejado una serie de preocupaciones de parte y parte, siendo como eran gentes sencillas pero responsables. A estos cuidados se sumaron los consejos de las comadres: no dejar antojos insatisfechos bajo peligro de aborto, y tampoco mirar con odio, cariño o insistencia, a persona deforme o a animal alguno, so pena de tener un hijo parecido al ser mirado de tales modos.

Al acercarse el alumbramiento, Servando contrató dos comadronas en vez de una. Ellas y la madre de Etelvina se encerraron con la parturienta. El marido no tuvo que esperar mucho para oír el primer vagido de su hijo. Pero en cambio transcurrieron hasta dos horas antes de que se lo mostraran para que lo conociera.

Ya impaciente, el hombre inquirió:

—¿Qué ha pasado que no me dejan vé al morito?!

En eso salió la comadrona de mayor confianza, cariacontecida y dando muestras de honda preocupación.

—No se vaya a enfadár, compadre...

—Diga, no más, comadre. ¿Qué ha pasado?

Después de vacilar un poco, la mujer dijo:

—Mire usted. Su hijito ha salido blanco.

—¿No me diga! A vé. A vé. ¿Cómo é eso?

Al momento salió la otra comadrona con el recién nacido en

brazos. En efecto, era una criatura increíblemente blanca, recubierta con una pelusa también blanca, como nunca se había visto por aquellos lados. Parecía un blanco ratón tierno, tan blanco, que Servando sintió repugnancia. Y aquella repugnancia le hizo pensar inmediatamente en el rubio gringo bananero del día de su boda, y que todavía permanecía en el pueblo. Entonces, la repugnancia trocóse en odio mortal.

La noticia se propagó como llama en gasolina derramada, y los comentarios abundaron de esta guisa:

—La Etelvina ha parido un hijo blanco. Dicen que lo ha quemado al marido.

—¿De dónde van a tené un hijo así? Dígame, señó. Si ambos son bien negros.

—Seguramente que lo ha adornao al pobre Servando.

—¡Quién lo creyera! Debe ser con el gringo la cosa. Y miren que parecía unã mosquita muerta.

—Puede sé que no mã lo haya mirado mucho al gringo — justificó una buena amiga.

—Es que el mundo tá corrompío ahora. Esa es la verdã.

Noches y días amargos cayeron sobre Servando, al verse objeto de burlas y maledicencias. Primero increpó y hasta pegó a su mujer en la cama. Pero ella negó y lloró a más no poder, y no quiso probar bocado.

El, que se decía hombre muy vivido, recordó algo de unos versos de un tal "caucho" Fierro, que había leído en un trozo de periódico y que encerraba una verdad tan grande, que se le grabaron en la memoria, a su manera, y constituyeron siempre una fuente de sabiduría directriz en materia femenina:

"Yo te lo digo, Cerro,
que nunca debés creé
en llanto de la mujé
ni en la cojera del perro".

Por eso, aunque se apaciguó un poco, nunca dió crédito a los desmentidos de su señora, y entre disgusto y disgusto, el tiempo fué pasando. El niño iba creciendo ante la curiosidad de los moradores del pueblo, que jamás habían visto una persona tan blanca. Pues sus pestañas eran amarillas, el iris de los ojos color rosado, y sufrían horriblemente por la fotofobia. Un curandero echó a correr la especie de que aquella mota blanca de la cabeza del niño

tenía grandes propiedades curativas, especialmente contra el dolor de oídos. Así que Etelvina tuvo que esconder a su hijo para evitar que lo fuera a dejar totalmente sin pelos. Por esto, y porque la luz lo hería terriblemente, tuvieron que recluirlo en un cuarto oscuro.

Pero Servando no salía de su asombro de ser el padre de tal engendro, y la sospecha sobre el *míster* no se le quitaba de la cabeza. Sus dudas lo acicatearon tanto, que mandó construir un rancho en lo alto de una loma, en plena selva, en el terreno que comprara río arriba. Y para allá se marchó con su canoa y su familia en viaje de observación y experimentación.

En aquellas soledades, la Etelvina volvió a quedar embarazada. Nadie lo visitó durante aquellos meses. Servando había llevado suficientes viveres para subsistir y, además, se ayudaba con la caza y la pesca. Sólo cuando vio a su mujer en estado muy avanzado, resolvió bajar de nuevo al pueblo.

Los preparativos para el alumbramiento se llevaron a cabo con el mismo cuidado que en la vez anterior. El día del aclaramiento del enigma llegó.

Servando pensaba, medio borracho, que algo que no comprendía debía aclararse ahora. Decían que los hijos tan blancos eran, en verdad, hijos de padres blancos, que salían así como un castigo para la negra pecadora. Decían también que eran obra de espíritus burlescos, para que los negros no se afilgieran por su condición de negros. Pero de todos modos, su alma se sublevaba de que se le imputara la paternidad de tales engendros. Ah, pero esta vez sería diferente. Tenía que venir un hijo parecido a él.

Cuando oyó el llanto de la criatura, gritó al mismo tiempo:

—¡Tráiganmelo enseguida!

Toda avergonzada y mohina, la comadrona apareció, diciendo:

—Ahora es una niña.

Mina se abalanzó a descubrirla y quedó como atontado por un golpe, y cerró los ojos. Luego, reaccionando violentamente, empujó a la mujer, quien rodó sosteniendo a duras penas, entre sus brazos, al nuevo fenómeno del color de los ratones blancos tiernos. Servando Mina creyó enloquecer. ¿Qué había sucedido ahora? El había tomado sus precauciones; había perdido dinero. Todo inútil. Allí estaba otra vez aquella mancha horrible en su prole. Era como un castigo de Dios. ¿Por qué? No lo sabía. Pero allí estaban esos

dos mostruosos idiotas de ojos rosados y pelos como canas, que no podían mirar la luz. ¿Para qué servían? ¿Cómo averiguar lo que había pasado? Su mujer negaría de nuevo haber tenido que ver con el gringo. Pero era preciso tomar alguna medida.

Con todo, cuando Etelvina salió de la cama le increpó de nuevo:

—Seguramente que el gringo desgraciado te visitaba cuando yo me iba de cacería con los perros.

—Ese señó ni me ha mirao siquiera desde que me casé —fué lo que respondió ella.

Pero Mina no podía olvidarse de los versos del "caucho" Fierro, y para lavar su afrenta y su honor echado a rodar por los murmuradores, pensó tomar una medida radicalísima: matar al gringo. Los trabajos de la plantación de bananos habían comenzado, y el hombre siempre andaba acompañado o se ausentaba por varias semanas de la región, dificultando la realización de sus planes de venganza. Hasta que un día, exasperado por la idea que constantemente lo atormentaba, resolvió liquidar también a su mujer, a quien no hablaba desde hacía meses. Armado de revólver irrumpió como un loco en el cuarto de ella. No la vio al principio, por la penumbra. En el fondo inconsciente, él buscaba un pretexto, una explicación cualquiera, para quedar tranquilo y satisfecho. Pero una luz aclaró, súbitamente, su espíritu turbado y sombrío. La luz de una vela que alumbraba la imagen —puesta boca abajo— de un San Antonio de madera, el abogado celestial especialista en desenredar lios de amor. Buscó a su mujer, que permanecía temerosa en un rincón, y le dijo:

—¡Animal! ¿No ves que éste se está burlando de nosotros? El es el único causante de que mis hijos salgan tan blancos y tan feos.

Indignado, Servando se dirigió a la figurilla de palo, la agarró como queriendo despedazarla con las manos y se dirigió al río, entre los llantos de su mujer, temerosa del sacrilegio.

En la orilla consiguió un alambre, y con una piedra lo ató al cuello del Santo. Con toda su fuerza lo arrojó entre las aguas verdosas y saladas.

Ahora he sabido que mi amigo Servando Mina tuvo, al año siguiente, un hijo sano y de color normal. Los dos albinos murieron, al parecer, de muerte natural. Y aquella familia ha progresado notablemente.

MACEDONIO FERNANDEZ, FILOSOFO PRESOCRATICO

La figura de Macedonio Fernández asoma solitaria en el pensamiento nacional. El drama de la cultura argentina es el drama de cada uno de nosotros que Macedonio sintió profundamente y que se refleja en toda su labor. La travésura y la ironía emergen en su obra a la zaga del pensamiento más austero y su presencia lo define. En ella, está el pensador. Pero, el pensador la trasciende, con sus posibilidades conceptuales y dialécticas, al margen de toda implicancia ontológica. Permanecer sólo en la ironía sería negativo y estéril. Superarla, a fin de que vitalice —vertebrándola— la concepción del mundo del escritor, resulta provechoso y constructivo.

La configuración del pensamiento de Macedonio Fernández se basa en la ironía. El monstruito atraviesa los intersticios de su piel y se cuele hasta las raíces mismas del ser. De este modo, para una comprensión aproximada del escritor, debemos detenernos en el significado de la ironía en la órbita de su propia dialéctica. Y, como acontece en Pascal con el método, su lógica de la ironía es la de la existencia misma. "Lo magno de Macedonio, dice Gómez de la Serna en uno de los trabajos que más se acercan a la médula del pensador argentino, es la voluta, la espiral nueva del humorismo, la mezcla de lejanías en la paradoja, la operación en la forma. Encarnó el fenómeno de la sonrisa y la flemma del hombre argentino ante el enorme espectáculo de su paisaje. No cabe dudar que en este tiempo, ante tanta responsabilidad de tierras y de ideas, la ironía de Macedonio, despejada desde la mayor pereza, es la magna respuesta al magno acicate del paisaje".

La ironía es actitud ante el mundo y término fundamental y decisivo en la ecuación espiritual del pensador. Al principio, desconfianza. Es menester entrar en ella. Vivirla en su estado primigenio. Luego, se comprenden sus verdaderos alcances: llegar por ella a la esencia de la realidad. Macedonio ha demostrado que la lógica corriente no resiste el cotejo con la ironía. El pensador se permite todos los juegos intelectuales posibles. Elude la realidad.

La reencuentra. La ordena a su manera, desarticula la estructura espacio-temporal del cosmos y quita sentido a la ley de causalidad. Hoy, ante la profunda crisis de la lógica y las nuevas orientaciones metafísicas, lo que acontece quizá no parezca nuevo. Ahora, es evidente la falta de ilación entre la lógica de Aristóteles, la lógica matemática, la logística y la lógica simbólica. La lógica de Aristóteles es tan irreal como la República de Platón, decía Ortega. Y hoy sabemos que la lógica clásica se conmovió en sus fundamentos —y fracasó— cuando quiso entender en serio las realidades esenciales del hombre. Sin desconocerla, y viviéndola muy de cerca, la obra de Macedonio se desarrolla paralelamente a la de los grandes pensadores europeos que tratan de sortear esta crisis. Su gran aporte a esa tarea es la aplicación de la ironía —en tanto que método— a la interpretación del mundo. Utilizándola, llegamos al descentramiento de los conceptos fundamentales. Surge un mundo distinto: el del causalismo anormal, sin conexiones directas, ni inmediatas con el orden físico. Las posibilidades especulativas de la ironía en el pensamiento contemporáneo son, exactamente, las mismas que tuvo el buen Descartes al aplicar la duda metódica ante los excesos del rígido racionalismo escolástico.

El itinerario de la conciencia, al tratar de abarcar la realidad, señala el camino de la impotencia del espíritu para domeñar el mundo físico. La historia del idealismo —con su antecedente, el nominalismo, y su consecuencia agonal, el solipsismo— reitera esa impotencia. Macedonio Fernández se queda en los límites del mundo del espíritu. Esta contención revela el desdén del pensador por la tradición idealista. Sirve para filiarlo, marginándola, y su actitud demuestra una prudencia que es paradójica. La ironía se detiene en la materia. El imperio de la conciencia, en el espíritu. La gran aventura metafísica del idealismo lo certifica. Macedonio, con un método trabajado severamente, se detiene en la inminencia del drama. Ahora, el pensamiento existe y las filosofías del nuevo perfil ratifican la posición del primer metafísico auténtico que tuvo nuestro país. Al detenerse en los límites de la realidad, la conciencia se inclina hacia la vida. Ya estamos, pues, en los ámbitos vitalistas y existenciales.

He aquí, muy escuetamente, el tránsito del idealismo a las filosofías del nuevo cuño. Inventariemos el proceso. Dilthey nace en Hegel. Scheler, Heidegger y Jaspers, en Dilthey. Gabriel Marcel,

en Royce. Abbagnano, en Croce. Berdiaev y Chestov, en Hegel. Ortega quiere, a todo trance, superar el idealismo y Unamuno agoniza en las tradiciones pietistas, lo mismo que la teología dialéctica de Karl Barth.

Original y solitario, más contenido, Macedonio Fernández aparece como el gran precursor e indica la ruta a seguir negando el subjetivismo dogmático. En *No toda es vigilia la de los ojos abiertos* arremete decididamente contra sus dioses: Kant y Berkeley. La diatriba se entabla en el ámbito de la teoría del conocimiento que es donde el idealismo radica sus mejores fuerzas. Aquí se demuestra el relieve metafísico de Macedonio. Que yo sepa, no existe en el pensamiento argentino una crítica a Kant tan profunda ni con tanto vigor especulativo. Y, consecuentemente, su obra significa para la historia del pensamiento argentino lo que la de los presocráticos para la historia de la filosofía.

En Macedonio Fernández, la prudencia se alimenta en su conocimiento de los límites y las posibilidades del idealismo. Mientras, por una parte, representa la audacia y la osadía del subjetivismo, por la otra es la imagen cabal de la cordura. Tanto, que podríamos definirlo como el metafísico de la prudencia.

¿Cómo caracterizar, pues, esa contención? ¿Esa severidad en las actitudes? ¿Ese laconismo? En Macedonio, cordura es contención ante los excesos de la conciencia. Pero, también, ocio. Como lo era en los presocráticos, que disponían de todos los elementos de la naturaleza para ordenar su mundo, y sólo utilizaban uno de ellos. Ocio y prudencia. Un día, Sócrates desata los lazos de la retórica y mata el espíritu griego. Un vendaval de palabras inunda la ciudad y anula la prudencia. (Recordemos otra vez a Ortega: la lógica de Aristóteles es tan irreal como la República de Platón.) Los sofistas tratan de destruir la filosofía. El golpe llega a ser tan certero que recién ahora nos reponemos. Con el pensamiento existencial volvemos a los temas presocráticos. A la prudencia y al ocio.

La temática de Macedonio se desarrolla al amparo del ocio que es, por sobre todo, ocio divino encarnado o, lo que es lo mismo, pensamiento que progresa nominativamente, en virtud de un movimiento propio y sin sujetarse a estructuras espacio-tempora-

les. Pero, en tanto que teoría de la realidad absoluta y total (1), el ocio desemboca necesariamente en la ironía. Postula el causalismo anormal y el descentramiento de los conceptos fundamentales: así, su cauce obligado es la ironía.

Además de su función metodológica, la ironía tiene también un valor heurístico. En Macedonio, representa un elemento vivo y actuante. No es un hecho aislado ni, tampoco, impersonal. Se trata, en cambio, de un estilo. De una norma. Acontecimiento esencial en su pensamiento, la ironía alimenta la reflexión de nuestro pensador y tiene un profundo sentido telúrico.

Desde una perspectiva externa, la ironía se origina en Macedonio como una reacción ante el paisaje. La imponente del medio lo deslumbra. ¿Qué ocurre entonces? El pensador se encierra en un mutismo que dura años, templado en la indagación de lo argentino. Es la voluta que se modela con el viento, el mar, la tierra. Pero, originada interiormente, tiene fuerza de fatalidad. La ironía arranca también de la soledad interior. Esa experiencia de lo uno, de lo irrenunciable, que caracterizan desde sus primeros momentos, la obra de Macedonio Fernández. La fuerza y la profundidad de su visión le revelan que está solo, profundamente solo. Como, desde un punto de vista histórico, lo demuestra también la trayectoria del pensamiento argentino. Su itinerario arranca de la nada y se pierde en la nada. Trágica afirmación de grandeza. Geometría de la soledad que se proyecta vigorosamente hacia el porvenir. Ramón Gómez de Serna, su más agudo comentarista, lo vio con sagacidad: "Lo que ví que Macedonio había encontrado, desde que leí sus primeras líneas, fué una nueva arquitectura del espíritu, una nueva arquitectura literaria para encerrarse bajo ella en un cierto tiempo y en un cierto paisaje de tipo muy diferente al de otros países que yo había visto".

El cambio de orientación es evidente si comparamos sus primeros trabajos —los publicados entre 1897 y 1902— con el texto de *No toda es vigilia la de los ojos abiertos*. Aquellos son obra de un técnico imbuido de espiritualismo, aunque con cierto dejo de positivista. En el libro publicado por Scalabrini Ortiz, la situación es distinta. Después de veinte años de silencio, aparece ese sedimento que tanto impresionó a Gómez de la Serna. El estrato espi-

(1) La palabra escuela se origina de la griega ocio.

ritual es paralelo a la estamentación física. Y si, antes, vimos, detenerse a la conciencia ante la materia, temiendo por sus fueros, ahora —pero también en otro plano— la misma conciencia reacciona ante el paisaje, creando un sistema de signos con los cuales afronta la realidad.

De este modo, la ironía en Macedonio Fernández es:

a) una respuesta al llamado telúrico; b) afirmación de vitalidad ante el paisaje que se presenta sólo como naturaleza; y c) tentativa para lograr un patrón que sirva de nexo con el espacio.

En esta triple relación, el pensamiento de Macedonio sigue la línea del horizonte criollo. Y hoy, lo reconocemos nuestro, profundamente nuestro, como el primer metafísico que supo captar la realidad nacional en su esencia y fantasmagoría.

En su denodada inquisición de la naturaleza de las cosas, la conciencia se proyecta contenida por la ironía. La ironía es dialéctica en **No toda es vigilia la de los ojos abiertos** y humorismo en **Papeles de recién venido** y **Una novela que comienza**. La ironía, todo laconismo ahora, tiene su contraparte en el poeta.

El tema fundamental de la poesía de Macedonio Fernández es la muerte. Versó directo y enumerativo. Barroquismo. Pensamiento patético, sutil y desgarrado, antes borroso y casi nostálgico que se conjuga hoy en una relación trascendental. La ecuación se establece entre el miedo a la muerte y el triunfo del amor. La primera se disuelve como la realidad. El amor permanece como una afirmación constante de la eternidad del hombre. Hacia él dirige Macedonio Fernández lo mejor de su pensamiento. Su obra refleja la presencia de un mundo inmaterial. Al mismo de la naturaleza. Inmanencia del misterio. Esto, por sí sólo ¿no basta para actualizar permanentemente su obra?

CORRESPONDENCIA

Hemos recibido de Bolivia —y publicamos— las siguientes líneas del poeta argentino Miguel Brasco:

Señor Bernardo Kordon.
Revista CAPRICORNIO
Buenos Aires. —

He leído aquí el último número de su revista CAPRICORNIO con verdadero interés, especialmente la epístola a los surrealistas de Osiris Troiani, que señala con mucha honestidad los aspectos negativos de *Letra y Línea*, algunos de los cuales determinaron mi alejamiento del comité redactor de esa publicación.

Por razones de tranquilidad personal y aunque el asunto carece mayormente de importancia, desearía aclararle que mi participación en "*Letra y Línea*" (así como la de Mario Trejo, Alberto Vanasco y otros), no significó una adhesión al surrealismo sino el deseo de mantener una revista de crítica no comprometida y de polémica viva en el ambiente de tolerancia y apoyo mutuo que se padece en Buenos Aires. No es fácil. En cierta medida "*Letra y Línea*" no logró lo que sus fundadores quisieron hacer de ella, pero creo también que en muchos aspectos su actitud fué sana y digna de apoyo. No acierto a comprender cuáles son las feas pasiones y la falta de elegancia que Troiani advierte en nuestra actitud. El impulso general consistía (y supongo que consiste aún) en destruir el figuronismo literario y sus deleznales consecuencias. Me dirá usted que en este momento hay problemas mucho más importantes que atender, y estaremos de acuerdo. Pero poner las cosas en su punto, aún en provincia tan melancólica como la que constituyen ciertos escritores argentinos, no es tampoco una higiene inútil. En fin, no era este el motivo de mi carta, sino felicitarlo por CAPRICORNIO, etc.

Miguel Brasco.

Hotel La Paz; La Paz (Bolivia.)

AGUSTÍN FERRARIS — "Estados Unidos cambia la cara". Editorial Periplo, Buenos Aires, 1954.

Los libros no tienen la culpa de los títulos; a veces tampoco los autores. Este es el caso — creemos — del libro de Ferraris, cuyo título no refleja totalmente el denso contenido de la obra. Porque, ¿es verdad que Estados Unidos cambió la cara? La obra no lo demuestra al menos. Los cambios producidos que obligan a EE. UU. a replantear su estrategia, modificar sus tácticas, están en cambio bien estudiados y desarrollados en el libro. "El capital norteamericano no puede ya desarrollarse cómodamente dentro de sus propias fronteras. Necesita expandirse. Y si ha habido en el gobierno de su patria un cambio de frente que perjudica sus intereses, luchará por retomar el poder. Tiene a su favor una razón y es que su capitalismo, al defender su condición de país imperialista, está defendiendo efectivamente, los intereses de toda la Nación, el de sus clases productoras inclusive. Pero toda expansión imperialista provoca desastres y guerras que a la postre, repercuten también

destructoramente en quien los ha provocado.

"El destino del pueblo norteamericano no es otro, en consecuencia, en la presente hora de su historia y de la historia del mundo, que la de superar su propio régimen capitalista, imponiendo, primero, su potencialidad imperialista y, segundo, su subsecuente beligerancia".

Para Ferraris, en la actualidad el comando de la política internacional de occidente, ha pasado a manos de Inglaterra y Francia, que tienen intereses distintos a los del imperialismo norteamericano, y emancipándose de la conducción político-internacional de los Estados Unidos, ensayan su propia política. Escrito antes de la llegada de Mendes-France al poder y de la visita de Attlee-Bevan a China; estos hechos confirman algunos de sus asertos. El más alto valor del libro de Ferraris radica en que ayuda a penetrar en los sucesos, caricaturizados la mayor parte de las veces por la prensa, por las cadenas noticiosas, cuya misión consiste — como bien lo demuestra Ferraris — en manufacturar una opinión pública a la medida de ciertos intereses monopolistas.

En "EE. UU. cambia la cara"

tenemos una obra de extraordinaria actualidad, que trasciende quizás, los propios propósitos del autor. Es, tal vez, uno de los ensayos de mayor importancia publicados en los últimos tiempos en la Argentina, sobre política exterior, libro que es necesario conocer y discutir.

Pedro Sierra.

PEDRO G. ORGAMBIDE — "Horacio Quiroga. El hombre y su obra". Editorial Stilograf. Buenos Aires, 1954.

Hay vidas que denuncian su destino, que son como el primer plano de ese panorama, ahondando hasta lo inextricable por fuerzas casi exentas de toda ponderación y todo juicio, en el que se desenvuelve cada existencia humana. La de Horacio Quiroga es una de ellas, sin que su inclusión en tal categoría presuponga, necesariamente, limitar a la actitud contemplativa cualquier intento de aproximación.

Antes bien, su caso, como el de Rimbaud, como el de Van Gogh y otros geniales atormentados es, sí, un espectáculo, pero tan desgarrador, tan lacerante, que asistir a él sin otra preocupación que aceptarlo tal como se da es poner en descubierto la au-

sencia de todo compromiso ético y moral. Por lo demás, resignar la interpretación personal de cuanto puede aparecer como extrahumano en la vida de un hombre, de aquello que escape al dominio de lo voluntario y perturbe el ordenamiento lógico de las circunstancias realizadas, suele ser una manera del fácil conformismo cuando no una inexcusable reserva intelectual condicionada por principios filosóficos o religiosos.

Al biógrafo, al crítico, le está vedada esa alternativa porque no tiene otra que la búsqueda de la verdad y su consecución sólo le resultará posible cuando agote hasta el final el repertorio de los motivos e ilumine las relaciones, a veces sutilísimas, entre causas y efectos. Pedro G. Orgambide lo sabe, por eso esta versión que nos ofrece de la vida y de la obra de Horacio Quiroga tiene como más alto merecimiento, y esto sea dicho sin mengua de los restantes valores, el rigor de un ensayo que proyecta esclarecedora luz sobre múltiples aspectos de la personalidad y del quehacer literario del extraordinario cuentista. Toda la existencia de Horacio Quiroga es una quemante verdad, un documento humano que pone los pelos de punta, un testimonio demasiado dramático y

reciente para acercarse a él con la candorosa esperanza de que se va a hacer un paseo por el interesante, pero inofensivo mundo del mito y de la leyenda.

No. Quienes así lleguen, se equivocarán sin duda. Es preciso hacer lo que ha hecho Orgambide, a un tiempo sistemática y fervorosamente: ponerlo otra vez de pie, animarlo y "regresarlo", como con desesperación pretendía regresar el poeta español Miguel Hernández a su "compañero del alma". Y después seguirlo, paso a paso, desde el instante primero, desde un alumbramiento que prefigura ya el sentido de fatalidad de toda su trayectoria, arriesgándose también uno en cada una de sus trágicas peripecias. Orgambide ha logrado una verdadera, una

emocionante resurrección de su personaje. Quiroga está íntegro, cabal, en este libro que conjuga los atributos de la biografía, el ensayo y la novela. Biografía porque trata la vida del "gran salvaje" desde su nacimiento en el Salto Uruguayo el 31 de diciembre de 1879 hasta su muerte, acaecida el 19 de febrero de 1937, en el Hospital de Clínicas de Buenos Aires; ensayo, porque con sagaz criterio estimativo Orgambide estudia y ubica la obra del creador de los "Cuentos de Amor, de Locura y de Muerte" en el panorama de la literatura nacional; y novela porque narra un asunto, un argumento, que es Horacio Quiroga, ahora "más allá de su máscara, más profundo y más lúcido, donde termina su odisea".

Enrique Ardisson.

CINE

EL TERCER HOMBRE

Graham Greene había tenido poca suerte en Hollywood: dos novelas suyas, *El poder y la gloria* y *Una pistola en venta*, habían sido deplorablemente tratadas con los títulos de *El Fugitivo* y *Un alma torturada*. Un conocido párrafo de *El fin de la aventura*, da cuenta de su decepción. Ahora, Korda le brindaba la ocasión de volver a trabajar en su propio libreto, en contacto con el director de la película: ("Carol Reed y yo trabajamos en estrecha colaboración, recorriendo muchos metros de alfombra por día, para ensayar las distintas escenas. Nadie más intervino en nuestras discusiones; un argumento nunca vale más que cuando nace del intercambio de ideas entre dos personas. Para el novelista, desde luego, su novela es lo mejor que puede hacer con el tema elegido; por eso tiende a oponerse a muchos de los cambios requeridos para transformarla en un film o en una obra de teatro; pero *El Tercer Hombre* nunca pretendió ser otra cosa que una película"). Del resultado de esta colaboración da cuenta el novelista con estas palabras: "El film, en realidad, es mejor que el cuento, porque es, en este caso, el cuento en su forma definitiva" (1).

Greene agrega con franqueza dos datos más: que Reed modificó el final feliz que él había construido, transformándolo en una original in-

terrogante; y que el mismo Orson Welles fué el autor de los conceptos que vierte sobre los Borgia y los reloxes de cucú suizos; además, y eso no habla en su favor, reconoce que por "deferencia a la opinión norteamericana" reemplazó al racketeer Cooler por un rumano, es decir, que empleó el procedimiento hollywoodense de hacer de todos los asesinos y sádicos ya italianos, ya mexicanos, ya chinos; ahora están de moda los bandidos centroeuropeos.

Lo que resulta obvio es el acierto de esta conjunción de valores. Si agregamos a esta circunstancia la maestría de Krasker, el fotógrafo de *Larga es la Noche* y la obsesional música del guitarrista Antón Karas, también hallazgo de Reed, amén de la competencia del elenco interpretativo (la presencia de Welles llena de por sí todas las escenas — escasas — en que le toca intervenir), queda fuera de duda de que se trata de la obra maestra de Carol Reed. Con ser importante la objeción de su preferencia por los temas de corte siniestro y su secreta inclinación por los detalles truculentos (en *Larga es la Noche* dos amantes descubren su intimidad en un refugio antiaéreo, ignorando la presencia del moribundo, y varios niños reproducen como juego la odisea y drama de McQueen; en *El idolo caído* una pareja de amantes con cierta su despedida en una mesa de café, en presencia de un niño que pretende no darse cuenta del drama que estalla en su presencia; en *El Tercer Hombre* la escena de los dedos de Harry aferrados a la alcantarilla o la del gato que pasa de las manos de la novia de Harry a los

(1) *El Tercer Hombre y El Idolo Caído*, Col. El Séptimo Círculo, Ed. Emecé, Buenos Aires, 1950.

pies de éste, a quien se supone muerto) no es menos evidente que actúan con fuerza de puñetazo en el ánimo del espectador. No existe ningún acto gratuito, ni siquiera lo es el que Holley enciende la luz en un gesto maquinales de timidez y borrachera, y la apague de inmediato casi sin darse cuenta. Tampoco es casual el cuádruple juego alternado de terror y buen humor dados en la sucesiva serie del alucinante viaje en taxi ante caras aterradas en primeros planos, que concluye ante una conferencia de ribetes regocijantes; se continúa en una encarnizada persecución y finaliza con una herida en un dedo, producida por ¡un loro!

En *Larga es la noche* la tragedia del protagonista tenía tanta importancia como la actitud de toda una ciudad. Aquí también la ciudad configura un personaje más, con sus calles húmedas de otoño, sus pesados monumentos, sus fachadas impasibles, sus ruinas, sus desagües cloacales que desembocan en el romántico Danubio, el Prater con su Rueda de la Fortuna irguiéndose por sobre un mundo de corrupción y melancolía, al amparo de las cuatro potencias de ocupación cuyos representantes pueden sesionar en un jeep tanto como en la habitación de una mujer que los atiende en ropas íntimas. Carol Reed refrenó en *El Tercer Hombre* su tendencia a la agrupación de detalles secundarios, confinándola a límites precisos de ponderación y equilibrio. R. Krasker recurre a los primeros planos, planos americanos, panorámicos, *close-up* y cámara baja con profusión y ciencia, que a sus enfoques y a sus ángulos débese buena parte del clima de sordidez y vio-

lencia que envuelve toda la película como marco necesario para la condición de sus personajes. Son igualmente memorables las secuencias de la Rueda de la Fortuna, la del niño Hansel (con su melopea acusatoria que se hace más insistente a medida que la banda de sonido aumenta de volumen y cobran realce los rostros de los curiosos) y finalmente la de la persecución final que alcanza su cenit cuando la cámara enfoca no a los perseguidores sino a los agujeros cloacales por donde las voces de éstos se escuchan en *creciendo*.

Es esta la clase de films que necesitan verse más de dos veces, es decir, que necesitan consultarse como libros de estudio, sobre todo por parte de nuestros libretistas, guionistas y directores. Porque aquí no cuenta sólo la maestría de un director de buen gusto y un fotógrafo de calidad; sobresale notoriamente el trabajo de equipo que fué menester realizar para que ningún factor quedara librado al azar. El propio Einstein hubiera aplaudido con entusiasmo este monumento de ingeniería cinematográfica, que prueba en forma contundente —para ejemplo de nuestros cineastas— la necesidad de una identificación total entre el autor del argumento o libretista y el director de la película, puestos en un mismo plano de igualdad en la discusión y programa de la obra; tal como lo ejemplifican en nuestro medio los casos de Sergio Leonardo-Lucas Demare en *Guacho* y Jorge Luis Borges-L. Torre Nilsson en *Días de Odio*, que no obstante sus notorias imperfecciones señalan un indudable paso adelante en nuestra cinematografía.

Y aun cuando Carol Reed invo-

lucionó en su trayectoria con su irregular *El Paria de las Islas* (1951), lo último que hemos conocido de su obra, hace indudable que permanece aún a la vanguardia de

los directores ingleses. Si alguna objeción cupiera, la atenta lectura del cuento de Greene y la subsiguiente revisión de *El Tercer Hombre* la haría desaparecer.

Gregorio Selsor.

TEATRO

"TE Y SIMPATIA" vs. MACHISMO

"Té y simpatía", comedia norteamericana de Robert Anderson que acaba de estrenar la compañía Colomer-Cores, no conquistó el premio Pulitzer pero lo merece. El público se apasiona ante su contenido pero, por desgracia, no frente a la vigorosa entidad del drama, sino en espera de que pase algo (el día que presenciamos la obra, al finalizar ésta con una escena plena de sugerencias, objetivamente promisorias, el público ni se levantó ni aplaudió en la creencia de que la misma continuaría). De esta manera nos toca a nosotros ocuparnos del contenido, tema que se presta maravillosamente para criticar cierta animosidad —tanto salvaje y primitiva de algunos sectores de nuestro pueblo. Un poco de té y un poco de simpatía es lo que cada domingo deben dar las mujeres de los profesores a los alumnos de éstos. Pero esa mecánica hogareña y protocolar es rota por una mujer que llega al colegio imbuida de un ánimo diferente. Ella presente y ve que uno de los muchachitos necesita ayuda y acude en su socorro. Debido a sus modales un tanto afeminados sufre la burla de algunos compañeros y la agresividad de otros. ¡Todo demasiado común, verdad? Lo que no es común es el trato dado por el autor que de una vez por todas echa por tierra el fal-

so machismo de individuos que someten la orientación de la vida a la ley del sexo. La muchacha del problema se ha casado con el profesor que más combate al chiquilín de referencia porque la noche que se conocieron aquí le dejó ver que necesitaba su ayuda. Y es que en el fondo se hallaba también sometido a la misma disyuntiva: "lo que tanto persigues en Tom es lo que temes en ti mismo". Por eso reaccionará violentamente ante "ese asunto" que le subleva sin una razón exacta de existencia, porque él no es un niño escolar que le chocha "eso" por tradición, por costumbre. El, hombre de estudio, de letras, ha tenido tiempo de considerar que la única importancia que el caso reviste reside en la ayuda que su alumno pudiera necesitar. Pero el combate alega una reacción alérgica que evidencia la misma enfermedad, no curada, no resuelta, reapareciendo ante un suceso análogo. Esta misma tara es la que fomenta la soledad del muchacho de esquina, y la del esposo que, falto de amor por su mujer, cree escapar urdiendo menores o mayores festivales sexuales en su imaginación. Por estas cosas, ella, ya angustiada por el infundamentado ataque habrá de gritarle, otra de las grandes verdades que aquel merecía: "porque él necesita el amor es

más hombre que tú". Tom ha intentado la posesión de una prostituta y ha fallado. Falló porque no estaba llamado a este amor simple de lupanar, con resortes de necesidad fisiológica insatisfecha, circunstancia muy opuesta a la posesión alcanzada por Amor. Y en ese torrente de egoísmo y falsas apariencias que le circunda, Tom oír los eternos y mezquinos consejos de la farándula del existir: "¡piensa sólo en ti!", "¡camina de otra manera!", "¡no escuches música!", "¡no hagas el papel de mujer en la obra!", "¡no realices nada que pueda crear el mal pensamiento de los demás, no vivas!" ¡Haz lo que pidan ellos! Entonces Tom comenzará a comprender que el mal no existía hasta que se lo vinieron a presentar, hasta que todo el mundo comenzó a recelarlo porque le descubrieron desnudo en la playa, tomando sol junto a un profesor de dudosa moralidad. Tom no sabía nada de eso, pero a partir del choque, y al ver que sus compañeros le dejan solo en los baños del club, dirá: "Por primera vez tuve conciencia de algo que nunca me había fijado: si los compañeros estaban vestidos o desnudos". El duende de los prejuicios le sopló al oído y Tom está por someters a su arbitrio. Cambiará, será otro títtere de la farsa. Y hará esto porque hasta él mismo está creído de que en verdad no es como los demás, porque todavía no ha tenido la revelación plena de su sexo. Y ha de ser la mujer del profesor, la que también leía poemas (no obsesivos por el esposo que no concebía la gentileza como actitud varonil) quien, al entregársele, en homenaje al amor que él le profesa, le probará que es como los demás, mejor

que ellos porque cumple las palabras de San Agustín, colocadas por el autor como acápite de la pieza: "Está el hombre de tal modo creado para el amor, que no se siente hombre hasta el día en que tiene conciencia de amar plenamente."

Excelente obra que desde su iniciación evocando la Cándida, de Shaw, demuestra el hábito espiritual de su contenido. Aquí como en la otra hay una mujer madura y un muchachito con alma de poeta, y esta Cándida enfrentada con el verdadero enfermo del planteo dramático también necesita ser salvada. Y aunque la dinámica ejecutoria y su temática se vuelca plenamente a lo sexual, en ningún instante tiene la obra la efectista vivencia de "El tranvía llamado deseo", baja exposición de sexuales complejos que ahogó aquella llamita del primer amor de Blanche, su heroína, que "Té y Simpatía" eleva a una difusión de hoguera.

Es justo que citemos la actuación de Elina Colomer, a partir del instante en que se conmueve por la evocación de su primer marido, y al novel actor Frank Nelson, verdadero hallazgo sin el cual esta pieza no hubiese podido trasuntar plenamente el sentido de su contenido. En otros papeles son dignos de ser mencionados Carlos Cores (lástima su impostación de voz), Julián Bourges, Luis Medina Castro, Blanca Tapia, Mario Chávez y Saúl Jarlip.

La obra ya ha sido representada y todo parece terminar ahí. Pero es indudable que "Té y Simpatía" es una auténtica vibración humana que despierta a los pseudoexponentes de la virilidad, y llama la atención a los gigantes atléticos de voces enronquecidas. Porque la actitud va-

ronil no se evidencia a través del lenguaje grosero, o de una posición despectiva para con el "dudoso", que llega casi hasta restarle otras dotes por tal causa. Ese proceder sólo señala histerismo o un complejo sexual que puede basarse —como bien señala la comedia— en la impotencia del titular de la actitud. "Té y Simpatía", va dirigida al falso machismo imperante en nuestra ciudad; al de la discusión constante en tranvías y colectivos; al de la prepotencia; al "sobrador" que observa, con aire de quien está de vuelta de todo, al individuo que acompaña a una mujer bonita; al

que describe hazañas sexuales que no cumplió jamás; a los que como defensa de su idiotéz, y en acusación de las buenas dotes de un artista, lo tratan de afeminado o invertido, sin razonar que en ese instante se acusan a sí mismos de falta de sensibilidad hacia uno u otro sexo. A los que señalando estas taras sólo expresan su grado de ansiedad insatisfecha, a los de desplantes animales, a los histéricos que ven obstruidos los conductos de su cerebro por ajenos problemas humanos, a todos estos pobrecitos va dirigida "Té y Simpatía" de Robert Anderson.

Jorge Montes:

CAPRICORNIO

Revista de Literatura, Arte y Actualidades.

Editada por CADMO S.R.L.

Maipú 634 - T. E. 32-7140 - Buenos Aires - Argentina

Suscripción por 6 números \$ 30.—

Exterior 2.50 dólares

Adjunto giro, cheque o bono postal por \$

correspondientes a la suscripción por Seis Números de la Revista Capricornio, a partir del N°

Nombre

Dirección

Localidad País

¡OBRAS QUE NO DEBEN FALTAR EN SU BIBLIOTECA!

A Precios Corrientes con Grandes Facilidades de Pagos

COLECCION

"Ensayos de Filosofía y Ciencias"

UN COMPLETO PANORAMA DEL ESTADO ACTUAL DE LA CULTURA

Visto por los más Representativos Ensayistas Contemporáneos

LOS VALORES HUMANOS de Francesco Orestano, LOS PROBLEMAS DEL MATRIMONIO de Paul Häberlin, ENSAYOS SOBRE FILOSOFIA Y ARTE de Thomas Ernest Huime, EL CINE ARTE Y ESPECTACULO de Francisco Ayala, ESPAÑA EN SU LABERINTO TEATRAL DEL SIGLO XVII de José Bergamin, SUPER-REALISMO DE R. Hazzfeld. EL CICLO DE LA REVOLUCION CONTEMPORANEA de José Luis Romero, HISTORIA ECONOMICA DE LA EUROPA MODERNA de G. Renard, HISTORIA LITERARIA DEL SIGLO XV ITALIANO de Philippe Monnier, (2 tomos), ESTETICA, los problemas de la Estética fenomenológica, de Moritz Geiger, PSICOLOGIA DE LA FORMA de Paul Guillaume, BREVE HISTORIA DE LA CIENCIA de Sedwick y Tyler, ELEMENTOS DE PSICOFISIOLOGIA de Henry Roger, (2 tomos).

El crecimiento extraordinario de los estudios científicos y filosóficos, crea frecuentemente, la necesidad de recurrir a calificados pensadores, cuya obra arroje completa luz, sobre las innovaciones surgidas en el terreno del conocimiento especializado.

En ésta colección; hemos reunido a los más destacados estudiosos de la filosofía, estética, sociología, historia, economía y ciencias.

Cada libro, es un tratado completo que sustituye con ventajas a los anticuados compendios, sin jerarquía intelectual.

15 volúmenes encuadernados a la rústica \$440 —

11 cuotas de \$40.— cada una.

A SOLA FIRMA

Nombre
Dirección
Localidad

Ruego enviarme mayores detalles de la Colección "Ensayos de Filosofía y Ciencias".

EDITORIAL CADMO SRL.

MAIPU 634, Of. B — BUENOS AIRES

EDICIONES DIÁSPORA

CONSTANTINO STANISLAVSKY

MI VIDA EN EL ARTE

En este libro, Constantino Stanislavsky —llamado el padre del teatro Ruso y patriarca de la escena moderna— relata paso a paso sus inquietudes, sus búsquedas, sus triunfos y fracasos, por lo que resulta un documento precioso no sólo para conocer una vida entregada por entero a la escena, sino también para penetrar en el espíritu que alienta y fundamenta el teatro moderno \$ 30.—



ROBERTO J. PAYRO

EL CASAMIENTO DE LAUCHA

Adaptación teatral de Raúl Larra \$ 10.—

¡DÍZALOS EN TODAS LAS LIBRERIAS Y EN

LIBRERIA CENTRAL

Corrientes 1243

T. E. 35 - 6114

Buenos Aires

RYUNOSUKE AKUTAGAWA

RASHOMON

羅生門

RASHOMON, EN EL BOSQUE
Y EL BIOMBO DEL INFIERNO,
tres magistrales novelas del gran
escritor Ryunosuke Akutagawa,
traducidas directamente del ja-
ponés por Kazuya Sakai. En las
dos primeras está basado el film
"Rashomon", laureada en todos
los certámenes internacionales.
144 páginas R. \$ 15.-

EDICIONES LOPEZ NEGRI